

La cuestión del día

Nada se ha adelantado durante la semana última en el esclarecimiento de los hechos apuntados en la denuncia presentada contra el gobierno por el Teniente Coronel del Cuerpo Jurídico de la Armada, D. Juan Macías.

El resumen de lo ocurrido durante los siete días últimos, lo hizo *El País* del lunes en esta forma:

Lunes 19.—Estalla la noticia de que un Teniente Coronel y asesor del ministerio de Marina, ha presentado una acusación en el Congreso. La sensación es imponderable. Los diputados Soriano y Nougues hacen preguntas que nadie contesta. Impídeles hablar el Sr. Dato. Los presidentes del Consejo y del Congreso no saben qué hacer.

Martes 20.—Se acuerda pase a la Comisión de peticiones, la del Sr. Macías. Se hace público el documento siguiente:

Juan Macías y del Real, doctor en Derecho, licenciado en Filosofía y Letras, teniente auditor de primera clase de la Armada, jefe del negociado del personal del Cuerpo Jurídico y auxiliar de la asesoría general del ministerio de Marina.

Al Congreso de los diputados presenta esta denuncia, que comprende los puntos siguientes:

1.º Al dictarse las dos Reales órdenes fechas 4 de Febrero de 1909 y 14 de Abril del mismo año, se han cometido por el ministro de Marina dos delitos, definidos y castigados en el párrafo 1.º del art. 369 del Código Penal, que dice:

«El funcionario público que, á sabiendas, dictare ó consultare providencia ó resolución injusta en negocio contencioso-administrativo, incurrirá en la pena de inhabilitación temporal especial en su grado máximo á inhabilitación perpetua especial.»

2.º Los acuerdos tomados en Consejo de ministros que han servido de base á las dos Reales órdenes de las citadas fechas 4 de Febrero y 14 de Abril de 1909, constituyen dos delitos definidos y castigados en el párrafo 1.º del art. 369 del Código penal común, de los que son responsables los señores que componen el Consejo de ministros.

Al presentar esta denuncia el que suscribe, lo hace con la esperanza de que exista número suficiente de señores diputados que estimen como inexcusable deber presentar la proposición acusatoria á que se refiere el artículo 55 de la ley de 11 de Mayo de 1849, que dispone la tramitación necesaria para exigir responsabilidad á los ministros por delitos cometidos en el ejercicio de sus funciones.

Ya sabe el firmante que al hacer esta denuncia arriesga por lo menos el ridículo ó la indiferencia, pues esta clase de actos son ciertamente desusados cuando se trata de combatir las injusticias de los poderosos; pero sabe también que es incompatible con sus deberes de español y de funcionario público el no cooperar á la recta administración de justicia y el hacerse moralmente cómplice, siquiera sea con la complicidad del silencio, de las tristes consecuencias de los hechos realizados que envuelven un escandaloso empleo de los caudales públicos y un desprecio irritante para los que algún día expondrán su vida y su honor en barcos inútiles y peligrosos que no han de servir, y el tiempo se encargará de demostrarlo, para los fines de la defensa nacional.

Los señores diputados encontrarán la prueba de las afirmaciones contenidas en esta denuncia al examinar la documentación que constituye el expediente respectivo y los demás elementos de juicio que estimen oportuno reclamar.—Juan Macías.

Hablan en el Congreso los Sres. Nougues y Vega Seoane, pidiendo documentos. El Sr. Canalejas pronuncia un gran discurso. Al salir de la Cámara es ovacionado por los grupos estacionados en la Carrera de San Jerónimo. Hablan también los Sres. Moret y Urzáiz.

Miércoles 21.—Grandísimas precauciones en el Congreso y en las calles inmediatas. A las tres y media de la tarde entra en prisiones militares el Sr. Macías. La noticia conmueve é indigna á la opinión. Se lee el dictamen de la Comisión. Apoya, en un razonado discurso, una enmienda el Sr. Nougues. El Sr. Maura le contesta sosteniendo la tesis de que deben acusar siete diputados y sino acusan el asunto quedará resuelto con la votación del dictamen. Oportunísima intervención del Sr. Urzáiz combatiendo ese propósito. Se hacen detenciones en la calle. Se dan cargas para disolver grupos. El que sigue á Canalejas es disuelto, en la plaza de Santa Ana, violentamente. El Gobierno no explica los motivos de la prisión del Sr. Macías. El Sr. Cierva es silbado estrepitosamente desde el Congreso al ministerio.

Jueves 22.—Mayores precauciones. El Gobierno teme. El Sr. Sol y Ortega pregunta en el Senado por qué ha sido procesado

el Sr. Macías; todavía no ha obtenido respuesta. El Gobierno envía al Congreso los documentos que se había negado llevar al expediente. El Sr. Moret apoya su proposición logrando que el Sr. Maura acceda á que el Congreso oiga al Sr. Macías. Interviene el Sr. Azzati y promueve un alboroto. El Sr. Giner de los Ríos hace intencionadas indicaciones sobre la forma de escuchar al Sr. Macías. Pide el Sr. Maura una prórroga de veinticuatro horas para resolver. Se deja al Sr. Dato que resuelva. A las cinco y media de la tarde son conducidos Romero Arroyo y los detenidos el miércoles, desde el Juzgado de Guardia á la Cárcel Modelo, atados codo con codo. La policía practica muchas arbitrarias detenciones. En la Comisaría del distrito del Congreso hay 61 detenidos; en la del Centro 20. A los trasladados al Juzgado de guardia se les trata indignamente.

Viernes 23.—El Sr. Dato llama al Congreso al Sr. Macías, quien es conducido al despacho del presidente. Le interroga éste para que diga en qué partes del expediente funda su acusación. El interrogado se niega á declarar alegando su condición de procesado. En las Cortes se censura enérgicamente al Gobierno por los desafueros cometidos el día anterior. Da cuenta el presidente del Congreso del acta en que consta la negativa del Sr. Macías. Se continúa discutiendo la proposición Moret, que es desechada por mayoría de votos. En las calles, las mismas precauciones y nuevas detenciones. Se dan cargas de caballería, en una de las cuales corre peligro el general Weyler. Se oyen toques de atención que promueven alarma. Practícanse muchas detenciones, pero solo á seis detenidos se lleva al Juzgado. Los detenidos el día anterior son conducidos, sin atar, á la cárcel.

Sábado 24.—Nuevas censuras al Gobierno por sus atropellos. D. Melquiades Alvarez pronuncia un gran discurso en apoyo de otra proposición, parecida á la del señor Moret, que es retirada. El Sr. Maura vuelve á provocar á siete diputados para que sostengan la acusación de Macías. Solo dos, los señores Nougues y Azzati, se han mostrado propicios á hacerlo. En las calles, ninguna precaución, con lo que cesa el desorden. El ministro de Gracia y Justicia visita el Juzgado, el director de Penales se entera en la cárcel del celo con que se custodia y atiende á los detenidos. El digno juez del Centro pone en libertad á 19 detenidos. El juez del Congreso eleva á prisión la detención de seis detenidos y pone á cuatro en libertad. Se declara excedente al Sr. Macías y se le somete á un nuevo proceso. Los detenidos en la cárcel son visitados por muchísimas personas. En casa del Sr. Macías se reciben millares de tarjetas, cartas y telegramas.

Y tras el paréntesis del domingo volvemos á encontrarnos hoy lunes 26 en la misma situación en que estábamos el martes de la semana pasada: el dictamen de la Comisión proponiendo el absurdo de enviar á la presidencia del Consejo de ministros la mal llamada petición del Sr. Macías para que el Sr. Maura la envíe al ministerio.

El lunes fueron puestos en libertad todos los individuos presos, excepto D. Modesto Moyrón, César Ballesteros y Ricardo Zozaya, que con otros 33 quedaron procesados, si bien éstos fueron puestos en libertad provisional.

Estos son los hechos hasta la tarde del lunes, en que se cierra el presente número de EL MOTÍN.

DUDAS

Declaro que no sé qué pensar de todo esto.

Veo por un lado al gobierno desconcertado desde que se enteró de la denuncia, contradiciéndose á cada paso, cometiendo torpezas, perpetrando atropellos, deseando que se le dé un pretexto para ahogar en sangre el grito de protesta lanzado por la opinión, justamente alarmada...

Veo por otro lado á las oposiciones enardecidas á ratos, y á ratos vacilantes; ora acorralando valerosamente al gobierno, ora perdiendo en escaramuzas un tiempo que deberían aprovechar para dar la batalla, si por fin hay que darla...

Y me pregunto: ¿Por qué no acusan éstas, si hay materia? ¿Por qué vacila aquél, si nada teme?

Sería injusto y contraproducente atacar al gobierno si no hubiera motivo: se le rehabilitaría en parte. Pero si lo hubiere, sería cobarde y antipatriótico no hacerlo. Y con brío. Y cuanto antes mejor.

Despéjese pronto esta atmósfera de dudas en que nada ganan, ni el gobierno ni las oposiciones. Y sepa á qué atenerse el país,

que es, en último término, el que paga siempre las torpezas é immoralidades de los unos, la falta de energía y civismo de los otros.

El procedimiento que se sigue servirá únicamente para arrojar sombras sobre la conducta de todos.

CASO EXPLICABLE

A los que se extrañan de que la opinión haya acogido desde luego la denuncia como fundada, habría que preguntarse:

¿Y por qué? ¿Acaso la Restauración ha sido otra cosa que una serie no interrumpida de negocios oscuros?

Desde el ferrocarril del Noroeste hasta la concesión de los monopolios ¿cuánto no se ha dicho? El que no se haya intentado probarlo, únicamente demostraría que aquí nadie tiene confianza en que la justicia prevalezca por el sólo hecho de ser tal justicia.

En un país como el nuestro, en que no hay grandes empresas industriales, ni el comercio tiene desarrollo, ni la agricultura da apenas para vivir modestamente, ¿cómo han podido improvisarse grandes fortunas? Por el robo legal. Esto es indiscutible.

Y siendo así, y habiendo esos precedentes y esos ejemplos, ¿qué de extraño tiene, repito, que la opinión haya admitido desde luego como cierta la denuncia?

De no haberlo hecho, habría que haber negado de la experiencia como enseñanza y aviso. Si los restauradores han dado tantas pruebas de inmoralidad ¿por qué admitir que los actuales gobernantes no pudieran darlas, no precisamente por ser fulano y Zutano, sino por ser tales restauradores?

Y hablo así, en la hipótesis de que se demuestre que el Sr. Macías no haya acertado.

A Juan Macías

Todo el mundo oficial contra ti, persiguiéndote con saña inaudita.

Esto no probará que tienes razón, pero sí prueba que ellos no tienen la serenidad necesaria para resolver imparcialmente en los casos difíciles.

No sé si has acertado ó te has equivocado al presentar la denuncia, pero admiro lo que has hecho; si acertaste, por tu civismo; si no, por tu intención.

Cuando se sacrifica lo que tú has sacrificado por decir la verdad, ó lo que por verdad tenías, adquiérese derecho á obtener el aplauso público en el primer caso; el respeto de todos en el segundo.

Por esto, sea cual fuere la suerte que te quepa, ten por seguro que todos los hombres dignos te tenderán su mano enorgullecidos. Siendo la intención honrada, ¿qué importa el triunfar ó el fracasar?

Y tú siempre serás, aun suponiendo que te hubieses equivocado, un hombre que quiso prestar un servicio á su patria, servicio que nunca le prestarán los que alaban en público lo que en secreto condenan, los que transigen con todas las infamias afortunadas, los que callan ante todas las injusticias triunfantes.

Y esto te honrará siempre, y más habiéndolo realizado en unos tiempos en que nadie se expone á perder, no digo ya una posición brillante, ni un minuto de tranquilidad por nada que no le interese especialmente.

INCONCEBIBLE

Llega á mí á última hora la noticia de que el Sr. Morote ha defendido al gobierno en el Congreso por no haber encontrado en el expediente motivo de acusación.

Aparte de que no es posible que en tan poco tiempo haya podido estudiarlo bien, se me ocurre esto:

Un republicano puede y debe no acusar al gobierno si no encuentra motivo fundado, pero no defenderle; ¿qué les deja entonces á los ministeriales?

Por esto necesito leer mañana lo ocurrido para creer que un diputado republicano haya podido cometer esa...

La sombra Comillas

Claudio López, el segundo marqués de Comillas, como pudiera serlo de Puntillos, ó

de Casa López, ó del Billeto de Banco, pasará á la Historia. No ciertamente con la gloria del caudillo militar ó del estadista; no escrito su nombre en el catálogo áureo de los sabios, ni en el de la brillante pléyade de los poetas; no como filántropo bienhechor, fama accesible á las inteligencias más rudas, ni como prócer, ni á título de noble de abolengo, envuelto en vetustos pergaminos. Tampoco lo mencionaría Clío entre los eruditos ni entre los oradores, ni con los escritores ó los filósofos, ni con los jurisconsultos émulos de Demóstenes y de Papiniano. Ni aun será reputado como un segundo Parnell, un De-Maistre ó al menos un Veillot ó un Nocedal, esos *zelelos* ó macabeos de levita, adalides incruentos de la más sanguinaria de las religiones.

¿En concepto de qué guardará la Historia el nombre de uno de tantos López? En el negativo de sombra oscureciente, ejecutora de ajenas pontificias voluntades. D. Claudio no es ni puede ser más que eso. Su padre, de quien mucho se ha hablado, mal y bien; de cuyos hechos un cuñado suyo, Brú, escribió un libro, merecería ó no los dictados que lo adjudicara su tiempo; mas era innegable que de pobre había sabido llegar á multimillonario sin haber nacido en Boston ni en Chicago; fué conquistador á marchas forzadas de la fortuna, é indudablemente no pequeñas dosis de talento y de audacia es preciso reconocerle, siquiera no realizara él sólo aquellas conquistas.

Su hijo no puede ser incluido más que entre los hijos de hombres que algo hicieron. Los Gasset, por ejemplo, que se encontraron hecho *El Imparcial*, y no lo han mejorado ni mucho menos, pero uno de ellos, envuelto en sus hojas, ha sido y volverá á ser ministro. El hijo del general Serrano, que no ha hecho nada; los hijos del infante D. Enrique de Borbón, el hijo de Prim, los hijos de Salmerón, el hijo de Maura, excelentes, honorables personas, que nacieron al arrullo y sombra de una gloria, de una fortuna, de algo ya formado, que ni siquiera han agrandado porque de crearlo tampoco son capaces. Las grandes empresas agotan, sin duda, á sus autores, al extremo de no dejarles número que legar á sus descendientes. El hijo de Cicerón es una prueba de esta ley; otra, el de Wagner; el de Dumas, una excepción.

¿Pero no ha dado vida D. Claudio á las colosales empresas que preside? Ni son colosales, pues el mucho tamaño no es grandeza, ni él les da la existencia, ni realmente las dirige. Pasivo por naturaleza, no es más que un dirigido. Cada movimiento suyo denuncia el tirón de un hilo cogido por más diestra mano, que no queda á la vista.

Todo eso de la dirección hábil son voces de los cronistas de cámara del marqués pontificio. ¿Había de carecer de ellos sobrándole el dinero? Los grandes de la antigüedad se daban el gusto de tener bufones. Estos seres representaban la alegría que filosóficamente quebrantaba la adustez de aquellos palacios y castillos. Del cronista no se ocupaban; creían segura su fama. Acaso López, el padre, si le hubiera quedado tiempo y hubiera sido de moda el bufón en sus días, habríase permitido el lujo de exhibir uno. El hijo no, porque es refractario á la alegría, es bilioso y dispéptico. No logran alegrarlo ni los millones, ni la posición, ni los fáciles triunfos que le dan hechos, ni el verse casi dueño y árbitro con el papa de toda una nación, al extremo de que podríamos escribir en los muros de su palacio algo semejante al verso que Virgilio pusiera en el de César:

Divisum cum Papa, imperium López habet.

Así Comillas no se ocupa de las artes; carece acaso de la emoción estética; ni de las ciencias, que no sabe ni comprenderlas; ni de la literatura. Mecenaz no podía tal vez ser un Ovidio; pero López seguramente no puede ser Mecenaz.

Está explicado por qué no pensó jamás en tener bufones; por qué en su palacio no se ve á un Ariosto como en el de Lucrecia Borgia, ni un Pico de la Mirandola como en el de Alejandro VII; pero sí que hay cronistas, esos que probablemente llevarán ya varios años confeccionándole una biografía esplendente, y de vez en cuando llevan á los periódicos que insertan á duro por letra, no por línea, el anuncio de la Tratatística, encomiásticos artículos, en los que se dice que el marqués pontificio (esto de pontificio lo digo yo) es un águila financiera á lo Mercurio; un Júpiter tonante del comercio y de la industria; un Neptuno de los mares, cuyo *quos ego* se oye del Mediterráneo al Océano Índico; un Plutón del reino mineral; un portento de oratoria... silenciosa, de ciencia política y de cultura; ítem más, admirable prodigio de actividad que trabaja ¡catorce horas diarias!, el doble de un ganapán, y viaja llevando en su coche un despacho para no perder hora de trabajo, lo mismo que l'anté y otros *virtuosi* del piano llevan en el tren su teclado mudé para ejercitar los dedos.

¡Trabaja catorce horas diarias! Habrá muchos españoles que no podrán menos de ver en esto un signo negativo. Cuando se es tan millonario, además de joven que encuentra ante sí abiertas todas las puertas, y no se goza de la vida, sino que se acepta una labor tan ingrata no justificable por necesidad alguna, indudablemente la mentalidad se halla decaída. ¿Se hace ese trabajo por avaricia de más adquirir? Inferioridad indiscutible, palmaria. ¿Por vicio? Mayor inferioridad. ¿Es un sacrificio en aras de una fortuna, á su vez causa de transcendental intento religioso ó político? También inferioridad y desequilibrio. Napoleón no trabajó nunca tantas horas al día por costumbre, para dominar el mundo; ni César, ni Alejandro, ni Carlo Magno, ni Bismark. La dirección de lo que pueden sumar todas las empresas Comillas no exige tanto, si un mecanismo administrativo medianamente organizado las regula.

Concedámosle toda la grandeza que se quiera, y demos de barato que todo ese manantial de dinero lo consagre López á lo que él cree el gran objeto; la vida y gloria del papado. ¿No hay manera de realizar eso más que mediante una labor tan enorme? La hay; mas sólo al alcance de cerebros en equilibrio perfecto. Pero ¿es ese un objeto digno de tal fatiga? Se puede ser honradamente católico, á todo fervor, como supongo que lo es Comillas, y simultáneamente darse cuenta del rebajamiento y de la inmoralidad que entrañan las avaras pretensiones y egoístas designios del Vaticano. Lo imposible es que un regular talento no se haya percatado muy pronto de cosa tan sabida.

Comillas tanto la ignora, que él lo ha dicho en serio, como lo dice todo, al organizar una cuestionista: «El Pontificado romano vale más, es antes que los más caros intereses.» Quería decir que sin él no comprendía la existencia del planeta.

Consecuente con ese vulgarísimo criterio, más propio de señoras que de hombres modernos, y del cual se ríen todos los curas, todos los sacristanes y más que nadie la gente del Vaticano, Comillas se consagra á obtener cuanto dinero puede y ponerlo al servicio del papado. Si tan devoto se muestra de la Compañía de Jesús, es porque la estima como el gran sostén de la tiara. No ha visto que la tiara morirá un día á manos de los jesuitas, futuros verdugos del catolicismo. Para él, la España feudo del papa, el solio pontificio en Madrid y mejor en Barcelona, constituye el ideal supremo; todo del papa y para el papa, y por el papa; nada sin el papa y debajo del papa; la papaltría personificada. Comillas, pues, vive atado al yugo más humillante de la tierra, contentísimo con su papel de desinteresado administrador y depositario del dinero para el Vaticano y sus huestes. Para él trabaja y adquiere, negocia, brujulea, se desvive y se agita. Su fortuna no es suya, es de la Iglesia; suprimid á ésta y Comillas no sabrá qué hacer de su vida y sus millones.

¡Portentoso espectáculo, quizá el primero en el mundo! Un hombre que nada en oro y no lo disfruta; que es joven y no conoce las expansiones de la vida, la alegría de existir. Vive en España, y no le parece su patria si no la domina un sacerdote extranjero. No le habléis de mujeres, de viajes, de libros, de teatros, de emociones. Es un anacoreta de los más austeros, que vive como esos ricachones que se hacen jesuitas, le dan á la Compañía sus fortunas y friegan los platos y los retretes de la residencia.

Tendrá, sí, en cuenta la historia tan extraordinarias prendas; pero ellas no formarán la determinante de su figura en la posteridad: la característica de López será su oficio de acaparador de hombres para el servicio de la Iglesia.

Comillas ha comprado á todo el mundo. Por obra de los jesuitas en connivencia con el Vaticano, se realiza en España este ruinoso juego: el Estado sacrifica la riqueza nacional á Comillas; Comillas la coge y la invierte á beneficio del papa. Así viene á ser España de Su Santidad. El escritor avanzado que se ve muerto de hambre y se convierte; el editor que deja de publicar libros anticlericales; el periódico que se hace benévolo con el clericalismo; el prócer liberal que claudica, ó secretamente convenido, hace el juego de la reacción; el protestante y el judío tronados vividores que se bautizan; el republicano que se hace solidario; todo eso lo paga Comillas desde la sombra.

La Trasatlántica es un asilo católico. La mayoría de los obispos gozan los beneficios de una acción; de dos, las órdenes religiosas ó los conventos que no estorban á los jesuitas. Sus oficinas son un hospicio de neos, de carlistas, de mestizos; á ellas van también los conversos, los resellados altos y bajos, cada uno con el título que cuadra á su categoría. Los barcos trasladan á los frailes, á las monjas, á los misioneros, á los curas recomendados por los obispos y á los neos que van á probar fortuna en Ultramar. ¿De dónde sale el dinero para las hojas antibiberales, para la buena prensa y su campaña contra el periodismo? ¿De dónde los gastos de la Defensa Social, de la Solidaridad, de los Padres de familia, de las Madres cristianas y de toda empresa regresiva y obscurantista? De las arcas de Comillas, caja del mercado universal de concepciones y del banderín católico romano; game-

lla de la hampa farisáica-alfonso-carlera. Y si un día la libertad resucitara en España, de esas arcas saldría el dinero para una guerra civil, como ha salido ó ha estado á punto de que lo saquen para otras intenciones de reacción; como sale para inundarnos de impresos inquisitoriales difamatorios de todo lo que huele á liberal. La subvención que de ahí recibe el papa asciende á millones; la que se lleva la Compañía de Jesús, no será menor. En secreto, en sueldos de altos personajes, de conspicuos católicos, de damas espionas, de hipócritas policías y soplonas y demás ocultos agentes reaccionarios, se va otra millonada no despreciable, á la que debemos sumar los extraordinarios, las peregrinaciones, los Congresos católicos, los dotes de monjas, las subvenciones, que son la única vida de la prensa nea y las que matan para la causa liberal á la rotativa. Todo lo paga, todo lo compra, lo acapara, lo subyuga y lo arrastra Comillas; pero nadie lo ve, pocos lo conocen; pasa como un aire colado; es una sombra.

Quando le veo algunas mañanas en Madrid entrar á oír misa en San Pascual, solo, mal vestido, mirando á un lado y á otro como receloso, con su rostro vulgar y su traza desgarrada de dependiente de una mercería, lo contemplo con lástima encogido de hombros. Hé ahí el pobre rico, el que por dar á la bigardería nea las ollas suntuosas, los palacios, los cómodos viajes y todas las delicias de la *vita bona*, no come, duerme en duro lecho de enfermo, gasta más en farmacia que en cocina, viste desaliñado, viaja escribiendo como un ambulante de Correos, no se divierte, no goza, no vive y trabaja catorce horas al día! Cresco indigente, obrero gratuito, cerebro que piensa con el de otros, voluntad que obra sólo por ajenas voluntades, cuyos fines no conoce; casado castísimo sin prole, organismo sin vigor, ente sin libertad, voluntario onemigo de la de los otros; sombra de otras sombras aún más negras; instrumento que debió ser brazo; productor de lo estéril; afirmación de negaciones; corazón cuyos amores son una quimera histórica, un poder caduco, otra sombra siniestra y ensangrentada. ¿No es para inspirar compasión?

Porque D. Claudio, contra lo que muchos creen, no es malo; su fondo sencillo, sus instintos nobles; pero su intelecto... Ya lo dijo su padre: «Este Claudio... Yo lo llevé á los jesuitas por cumplir, esperando que pronto los conocería como yo; y ahora, el muy simple, ¿pues no me sale con que se ha tragado la bola y se ha hecho jesuita de veras? ¡Pobre fortuna mía! Si no tomo mis precauciones, la van á devorar esos buitres con sotan...» Y tomó las precauciones, que su hijo cumple puntualmente. Por eso no está ya en una buhardilla como la duquesa de Pastrana.

Es bueno, sí; pero como todos los de su condición, también débil, y como débil rodeado de gentes que lo manejan á su gusto sin que lo note; lo sugestionan, lo esterilizan y á veces lo ponen en evidencia. El no despedirá á un obrero por anciano ó por enfermo; pero que le digan que ha leído un número de *El Imparcial* ó de cualquier otro periódico de los que él mismo subvenciona y en los que anuncia sus empresas, y lo elimina sin piedad. En sus dominios no pueden entrar diarios que no sean ultramontanos; para eso se gasta diez mil duros al año en *La Lectura Dominical*, del P. Garzón, que se reparte gratis y á granel en las minas, en los barcos, en los talleres. Va sin dinero, porque si lo abordan y le cuentan un infortunio, es incapaz de dejarlo sin socorro; pero hay que decirle que la víctima es católica ó padece por obra de los masones ó desea convertirse; esto es, una gansada, una mentira increíble.

Más de una vez he visto que le miraban con lástima los cortesanos, y aún más las cortesanas, en las galerías de Palacio; en los bolsistas neos, en la calle; los frailes, en las iglesias. Es que todos le conocen y acaso les da ira verlo tan rico, tan poderoso y tan simple. Dadle sus millones á cualquier jesuita y tirará la sotana, buscará una buena moza, y si en alguna empresa se embarca, no será ella católica, seguramente: «no hará el primo», no trabajará catorce horas, y acaso, acaso, dará dinero para una revolución que nos emancipe del Vaticano.

¿Persiguió, como dicen, á Verdader? No, ciertamente. Engañado por sus aduladores se mostró pasivo lamentando la desgracia de su exlimosnero; otros lo mataron, él se llevó las odiosidades: el destino de todos los débiles cuando están arriba.

Menos mal que no se da cuenta de su real y poco airosa situación que hace sonreír á las damas de la almohada y á los vivos de la política y de la Iglesia. El se cree un hombre extraordinario y espera llegar á las generaciones futuras con esa nota. Se equivoca. La Historia lo señalará como un ser sombrío y agente de las sombras de tinieblas; verdad que en composición, antes de los cincuenta años de su muerte, un papa lo habrá canonizado, y algo es algo.

JOSÉ FERRÁNDIZ

«Los demócratas cristianos Tyrrel y Loisy, curas franceses que fueron excomulgados, han enviado telegramas de felicitación á M. Rómulo Murri por su triunfo electoral

en Italia, y por su espíritu de rebeldía contra la imposición vaticanesca.»

Ya dijo Cervantes, á propósito del Cid, cuando éste fué excomulgado por el Papa (en una leyenda romancesca hermosamente democrática), que anduvo aquel día Ruy Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero.

La única fuerza que tienen las excomuniones es la de enardecer á los tibios y exaltar á los ardorosos. Son acicate, rejón ó espuela. Para todo lo demás, agua de borrajas.

Ayer y hoy

Un párrafo de la Crónica latina del abate Andrés Vallombrosane en el siglo XI:

«El clero milanés se había degradado tanto que á duras penas se podía encontrar uno que cumpliera con su deber y estuviera en su sitio. Los unos corrían de aquí para allá como perros y aves de rapiña y se abandonaban con pasión á las diversiones de la caza; los otros eran taberneros, malvados jugadores ó usureros despiadados. Casi todos llevaban una vida ignominiosa viviendo públicamente en concubinato todos ellos; lejos de buscar los intereses de Cristo, perseguían los suyos privados, estando tan engolfados en el fango de la herejía simoníaca, que todas las órdenes y grados, desde el primero hasta el último, se compraban á peso de oro. Y lo que aún es peor todavía, no había nadie que se opusiera á tanta maldad. Aquellos que se creían verdaderos pastores no eran más que lobos rapaces.»

Apasionamientos á un lado, hay que reconocer que el clero de hoy no es en público tan perverso y malvado como el del siglo XI.

Lo de todas partes

Un joven sano, fuerte, animoso, en cuyo cerebro aleteaban minutos antes las esperanzas como los pájaros en la umbría, cayó ayer sin vida en la Plaza de Toros, seccionada la yugular y rotas las vértebras por la impetuosa acometida de un bruto.

Dos mil espectadores asestaron sus gemelos al cuerpo inerte. La cabeza estaba casi separada del tronco; por azar no fué paseada por el redondel como un trofeo en la punta del asta sangrienta. La agonía debió ser inmediata. El primer comentario fué el de un arenero, hablando á otro de su oficio. —¿Sabes? Me parece que ha estirado las piernas.

Y la fiesta siguió. ¿Acaso en ella la cogida no era una contingencia prevista? Hay que divertirse, ¡qué diantre! Lo peor es que el pobre tuviera una madre anciana. Pero donde las dan las toman. Esto no quita para que haya estado muy bien Vicente Pastor.

No hagamos comentarios. Sé la contestación de memoria. En Francia, la gente se divierte viendo reventar hombres á puñetazos á Sam Mac Vea; en Inglaterra se estreñan jockeys y «chauffeurs» por divertir al público. En América, jóvenes zdineros se matan á tiros por diversión. En todas partes cuecen habas.

Es un triste consuelo; pero conviene recordar un razonamiento que hacía en análogas circunstancias el inolvidable cronista Alfredo Calderón. Para consolar nuestros infortunios, jamás faltan los ejemplos exóticos. Hay aquí toros; pero en Inglaterra se boxea. Hay escándalos; pero Francia tuvo un Panamá. Padecemos malos Gobiernos, lo mismo que Rusia. Sufrimos miseria; todavía peor están en Bombay. Como si nuestra patria tuviera el triste sino de copiar las desdichas de todas las naciones del mundo, sin imitar uno solo de sus admirables progresos.

Es como si un cariñoso optimista quisiera consolar de este modo á un amigo enfermo: —¿Tiene dolor de estómago? Fulano está doblado como una alcayata. ¿Te duele la cabeza? Zutano se vuelve loco de cefalalgia. ¿Padece fiebre? Perengano tiene cuarenta grados. ¿Sufrés accidentes cardíacos? Perencejo los tiene terribles. —Triste de mí, contestaría el amigo doliente, que tengo á un tiempo todos esos males y soy un tratado de patología!

Nada de aspavientos y lamentaciones; dejemos el llanto á la infeliz madre del infortunado Lagartijilla. Nos hemos divertido, y en paz. Las gentes se divierten en Inglaterra, y en Alemania y en Bélgica. También allí hay fieras. Olvidemos, pues, que lo manda nuestro amor propio, que no padecen todas las penas, que no sufren todos los bochornos, y que, además de sanguinarios espectadores que gozan con el peligro ajeno, hay allí hombres amantes de la cultura que tienen instintos de humanidad.

ANTONIO ZOZAYA

Las prisiones italianas

Hace poco tiempo la prensa italiana denunció incidentes gravísimos ocurridos en las prisiones de aquel país. Primeramente fueron los escándalos originados por el proceso Doria-Caneveri, cuyos debates demostraron que lo mismo los magistrados que los funcionarios de las prisiones no reparaban en ningún género de tortura para arrancar á los detenidos una declaración falsa ó verdadera.

Vino después el motín de los presos en la cárcel celular de Milán, movimiento seguido de suicidios y de tentativas de suicidio, averiguándose entonces que en aquella cárcel los infelices detenidos son víctimas del hambre, y que en la enfermería no entran más que productos averiados: la sopa se confecciona con pan enmohecido, y la leche no es tal, sino una mixtura verdaderamente asquerosa.

Una mujer ilustre, María Rygier, la más alta encarnación del movimiento proletario de Italia, ha dirigido á Lombroso una carta que ha producido gran sensación.

Después de diez y ocho meses de sufrimientos, y apenas se ha visto libre de la prisión, María Rygier ha dirigido al sabio pianomontés un llamamiento para que haga públicos los horrores de las prisiones italianas para ver si se pone término á un régimen de ignominia y de tortura. María Rygier habla de cosas vistas y sufridas, citando hechos con pruebas y testimonios que no dejan lugar á dudas.

En todas las prisiones se violan los reglamentos, en todas se roba á los presos el miserable producto de su trabajo, y para colmo de infamia, se les escatima el alimento á que tienen derecho.

Otros abusos y aun crímenes denuncia en su escrito María Rygier, pero son de naturaleza tal, que más vale pasarlos en silencio.

Ella misma, condenada por delito de imprenta, ha estado en Florencia recluida al lado de un miserable que había matado á su madre.

No existe en Italia un régimen especial para los prisioneros políticos. Un escritor condenado por un artículo de periódico es sometido al mismo trato que los ladrones y asesinos.

De esperar es que el vibrante llamamiento de María Rygier sea oído, y que, bajo la presión de la opinión pública, se extirpen tales horrores que constituyen la vergüenza de un país.

Póngase España donde dice Italia, y quedarán retratadas nuestras prisiones.

Y como hay que acabar con estas infamias, desde hoy abro en EL MOTIN la Sección especial de que da idea el artículo que sigue.

LA VOZ DE LAS PRISIONES

Abro esta sección para hacerme eco de cuantas quejas fundadas se me den por los reclusos en cárceles y presidios.

Es posible que alguna vez el sufrimiento exagere ó la malicia tergiversar la verdad; pero seguramente la mayoría de las veces tendrán razón.

Hora es ya de poner coto á tanta arbitrariedad y tanta infamia como se viene cometiendo en las prisiones, sin que nadie vaya á la mano á sus autores.

Acaso no se consiga evitarlas de pronto; mas, por lo menos, no quedarán ocultas como hasta aquí. Y mal conocido, mal extirpado; antes ó después.

Y dicho esto, inauguro mi tarea, copiando esto que acaba de decir el ministro de Hacienda en uno de los proyectos que ha presentado:

«Deberes de humanidad y exigencias de la civilización aconsejan habilitar con urgencia los establecimientos penitenciarios, transformando los históricos y lóbregos presidios en lugares higiénicos de trabajo de corrección y enmienda.»

Papeles viejos

UNA HOMILÍA

Para D. J. K.

Querido amigo: Ayer domingo dió el señor Salillas una conferencia á los «quinceños», la flor y nata del hampa madrileña, un ilustre senado de vagabundos, mendigos, descuidados, rancias, tomadores, invertidos y hasta Garibaldi, sin condecoraciones, naturalmente. Un montón de pingajos, de piojos, de carnes desnudas; un concurso de caras famélicas, de caras de vicio, de caras idiotas; la miseria moral, la degeneración y la depauperación físicas; un horror.

Hablaba el conferenciante de los trabajos que cuesta el no trabajar; lefa y comentaba aquel hermoso trozo de *Los Miserables* en que Valjean muestra á Montparnasse las fealdades, vilezas, privaciones y sufrimientos de la vida del delito. En su generoso intento de elevar y dignificar á toda aquella

carroña, el director de la cárcel era escuchado con atención y con emoción por todos, viejos y chicos; nadie perdía sílaba, nadie quitaba de él los ojos, cuando apareció en el «lugar del suceso»—galería 4.ª—un profesor de la Universidad Central, rodeado de sus discípulos, futuros jueces, fiscales y magistrados, que proseguirán la honrosa y noble faena de llenar las cárceles y presidios de seres hambrientos, desnudos y miserables, tan á conciencia y con la misma asiduidad que los actuales.

Concluyó el Sr. Salillas su plática, y ya se levantaban de los bancos y del suelo los «quincenos», cuando el profesor de Derecho se erigió en el caso de evangelizar al auditorio, un auditorio que ni el de Jesús en la Montaña.

¡Y vaya un modo de hablar y de dar en el clavo, amigo R! Había que oír al profesor cuando pintaba las dulzuras de la vida de familia á aquellos hijos del arroyo, sin techo ni albergue los más, nacidos en lupanares muchos; había que oírle ensalzar la religión católica—única verdad—, consuelo supremo en las aflicciones de la vida, dique poderoso contra el delito y contra el vicio; había que oírle encomiar el trabajo, fuente inagotable de bienes, raudal de abundancia, manantial de paz espiritual y de bien ganado y reparador descanso del cuerpo.

Pues no digo nada cuando tocó al palillo de los remordimientos. Créame usted, en aquel momento compadecí á cuantos tienen riquezas adquiridas de mala manera—y usted perdone el pleonismo.—Podrán ellos darse buena vida, mas por dentro les anda la procesión y de seguro sienten cada remordimiento como una casa.

Antes que se me olvide. Conviene pasar en el campo los domingos y fiestas de guardar, sobre que esto es sano para el cuerpo y muy útil para la paz del alma. Y sepa usted, además, que nada acerca tanto á Dios como la contemplación filosófica de las maravillas por él creadas.

Como todo acaba en este mundo perecedero, acabó la homilía del profesor—cuya buena fe y excelente voluntad me apresuro á reconocer sinceramente,—y creo que, ó estos quincenos son de piedra berroqueña, ó cuando salgan á la calle volverán contritos al seno de las respectivas familias, si por casualidad las tienen, y serán buenos hijos, excelentes esposos é inmejorables padres. Cuando anden mal de dinero ó tengan la tripa vacía, en vez de violar el sagrado derecho de propiedad, ó de pedir limosna, ó de acudir á los cuarteles en busca de rancho, irán al templo—remedio muy recomendado por Bossuet,—y con ello se les pasará el mal humor, y el hambre también se la Providencia se decide á hacer un milagro. Y, por último, buscarán ocupación en alguna obra para estar seguros de que con sus dos buenas pesetas diarias—diarias, salvo los domingos, y fiestas, y días de lluvias, y de heladas y de falta de trabajo—ja más llamará la miseria á las puertas de sus honrados, tranquilos é idílicos hogares.

Me figuro que aquello de los remordimientos hizo pasar mala noche á los quincenos. Ya usted ve, yo no soy precisamente un «profesional de la delincuencia»—que decimos los ilustraditos,—y, sin embargo, estuve largo rato sin poder conciliar el sueño, pensando en que si no me apuró pronto de esta «senda de perdición», el *torcedor* va á comenzar á hacer de las suyas; así que figúrese usted cómo estarían los delincuentes profesionales, que además no tienen, como yo, sabanas, ni buenas mantas, ni colchón, ni siquiera luz á discreción. Verdad que para su tocado de dormir maldita la falta que les hace la luz. Los más no necesitan descansar porque... porque no lo necesitan y hay bastantes que no se desnudan por la misma razón.

Como caería por aquí de vez en cuando algún que otro profesor, en poco tiempo quedaría desierta la cárcel, y en cambio ¡vaya una de filósofos que habría los domingos por el campol!

Un abrazo fraternal,

J. J. MORATO

27 Abril 1908.

REMEMBRANZA

La propiedad y los Padres de la Iglesia

Los Padres de la Iglesia están unánimes en condenar como una usurpación el derecho de propiedad

San Ambrosio exclama: «¿Cuál es el orden establecido por Dios? Es el de que la tierra sea la posesión común de todos, el de que todos tengan un derecho igual á sus dones. La naturaleza ha querido la comunidad; la usurpación del hombre ha creado la propiedad individual.» (San Ambrosio. De Officio primero 32, núm. 132.)

San Agustín dice: «Por derecho divino la tierra es del Señor; la da con igual título á los pobres que á los ricos, por mejor decir, á sus ojos no hay pobres ni ricos; todos los hombres están hechos del mismo barro.» (San Agustín In Joann Evang. Tract VI.)

San Benito. «La propiedad es el más detestable de los vicios.» (Regla de S. Benito, capítulo XXXIII.)

San Anselmo tenía horror á la palabra pro-

iedad. Decía que Dios ha creado las riquezas para uso de todos y que aun cuando se hubiese adquirido por medio del trabajo, no por eso dejaban de ser obra de la iniquidad, porque es inicuo que unos sean ricos y otros sean pobres. (S. Anselmi, Homil. XII página 184.)

San Gerónimo. «Los clérigos no deben tener más lote que el de Dios.» (S. Hieronym Epist. ad Nepot.) Y apostrofando al clérigo que conserva más de aquello que le es necesario para vivir dice: «Ese es el más culpable de todos. ¡Vergüenza á los clérigos que procuran enriquecerse!»

San Bernardo, condena más duramente aún á los clérigos que se enriquecían. «Son homicidas sacrilegos.» (Epístola II.)

San Clemente de Alejandría fué aún más allá; dijo: «Todo rico es ladrón ó hijo de ladrón.» (De furfuris...)

San Damián, en la Edad Media, decía: «El rico no es propietario, es dispensador; y al dar no ejecuta acto de piedad, sino de justicia el devolver lo que á otro pertenece.» El fervoroso monje, en medio de su santo celo, llega hasta decir que es una buena obra el despojar á los ricos para dar á los pobres. (Damiani, Epístola V y Opúsculos t. I.)

San Gregorio. En un monasterio de que era abad San Gregorio había escondido tres piezas de oro un religioso que ejercía la medicina, y durante la última enfermedad del fraile llegó la cosa á noticia de la comunidad. San Gregorio prohibió á todos que visitasen al enfermo. En vano pidió éste que se reunieran los hermanos cuando estaba ya en la agonía, pues se le negó aquel consuelo. Y para infundir más terror á los religiosos, San Gregorio mandó que se llevase á un estercolero el cuerpo del muerto, que se arrojasen con él las tres piezas de oro, y que dijera todos los hermanos: Que tu dinero perezca contigo. Hasta después de treinta días no se celebró por él el oficio de difuntos, sin embargo de que había muerto con todas las señales de penitente. (Gregor. M., Dialog. IV Op. t. II.)

Lo que va de ayer á hoy. Ayer tal desprendimiento, por ganar la bienaventuranza inacabable; hoy, por temporalidad más ó por pie de altar menos, gritos que oyen los sordos; por desamortización más ó presupuesto eclesiástico menos, la trompeta del Apocalipsis y el piporro llamando á la guerra civil.

Verdad es que la generalidad del mundo cristiano no tomó en serio la diatriba evangélica contra la propiedad. La Iglesia ya desde el siglo IV fué enriqueciéndose y... hasta la fecha

LO QUE ES PRECISO

La verdadera herencia morbosa que el imperio romano legó á los numerosos pueblos que rompieron su yugo, fué sin duda el cristianismo. Como toda institución humana, sea ó no política, necesitó consolidarse, y para ello, desde la primera época de su desarrollo quiso mantener la ignorancia de las muchedumbres para ser omnipotente, al paso que para contrarrestar cualquier resurgimiento de la ciencia aristotélica.

Era indispensable levantar una barrera, oponer un dique á la *sabiduría de los sabios*, evitar todo progreso científico, y no enseñar, ya que los individuos instruidos se rebelan para emancipar su pensamiento, y las religiones no suelen aceptarse sin forzosa imposición.

Evitando el progreso intelectual, apoderándose de las tiernas mentes infantiles, estrechando las conciencias con los preceptos del catecismo, la ciencia no podía difundirse, la razón era esclava del dogma, y los confines del planeta sustentarian el avasallador dominio de la ambición teocrática. De aquí que la educación en los primeros siglos de la dominación cristiana tuviera ese sello de crueldad transmitido hasta nuestra época, de ser el látigo procedimiento adoptado legalmente para enseñar dogmas opuestos á la razón y á la ciencia, á la naturaleza y á la libertad del individuo.

Los crímenes cometidos para inutilizar las sublimes manifestaciones del cerebro humano, las sangrientas hecatombes promovidas por el fanatismo grosero y bestial de una religión que deseaba convertir el mundo en una inmensa mansión de eunucos y de histriones, todos los excesos y los vicios que minaron la mística recopilación de mitos titulada cristianismo, fueron los que socavaron los cimientos de la fe, é hicieron inflammar los chispazos de la Reforma y de la Enciclopedia francesa, que dieron margen al decaimiento rápido, á la acumulación de nimbos en la atmósfera de nuestra intelectualidad, que llevan la tempestad en su seno próxima á descargar, amenazando con sus inclemencias la estabilidad de la superchería bufonesca y supersticiosa.

La decadencia del cristianismo es más rápida cada día que pasa. El doble gobierno espiritual y temporal, que constituye la verdadera piedra de toque del progreso, va desapareciendo poco á poco de los individuos, de los pueblos y de las naciones, por convencimiento de que, cuantos desechan

esta fórmula dualista, son los que realizan mayores esfuerzos en pro de la civilización y de la libertad.

No falta más en nuestro país que terminar con la influencia de la Iglesia en la enseñanza, abriendo amplios horizontes á las escuelas racionales, sin dogmatismos absurdos, sin fanatismos intránsigentes que perpetúen ignorancias y maldades. De nada serviría nuestra lucha contra el poder de la reacción que se debate agónica, moribunda, si no le arrancamos de sus garras la inteligencia del niño, la conciencia de la mujer y nuestra dignidad de hombres.

Todos esos radicales que en cafés, tertulias y casinos, claman por la libertad, vituperan la clerigalla, y después envían sus hijos para que los eduquen los frailes, ó son hipócritas que expresan lo que no sienten, ó son imbéciles para los que la libertad consiste en cómicos alardes de palabrería ramplona para pasar el rato.

Consolémonos. Todo aquello que sobre la ficción descansa, que la mentira apoya, derribando sus propias falsedades é imposturas. La verdad se impone como recurso higiénico del espíritu. Su centelleo deslumbra y rasga las tinieblas que obscurecen la razón, escudriña los misterios para deducir los hechos, marca nuevos rumbos de libertad para el pensamiento, haciendo que lo absurdo abandone posiciones que dominan á lo cierto y á lo real y destruyendo cuanto se oponga al paso de la ciencia como única y verdadera deidad.

FEDERICO FORCADA

Irán. Abril 1909.

El que quiera admirar un alcalde arbitrario, injusto y que tenga más descuidada la población en punto á higiene, que vaya á Navalmoral de la Mata. Ha sido necesario que llegue allí el obispo de visita, para que se decida á adecantarla un poco.

Verdad es que es clerical, y ya sabemos que todo lo clerical es sucio, por dentro y por fuera.

NO HAY COMPARACION

Los periodistas republicanos de *El Pueblo* (Valencia) han criticado acerbamente á los sermoneadores de Semana Santa. Y los flautines del órgano que la Liga Católica tiene allí como redactores de *La Voz*, han soltado un chorro de majaderías, poniendo á los oradores del partido republicano como nuevos.

Posible es que algunos de estos últimos hablen tan mal como los oradores sagrados, aunque lo dudo; pero, venid acá, zopencos; ¿queréis que unos miseros mortales, como son los republicanos, los librepensadores y demás hijos de Belcebú, hablen tan bien como los que están inspirados directamente por el Espíritu Santo? Para lo demonios que son, no lo hacen del todo mal; y en cambio los vuestros, para su condición angélica é intuición divina, no pueden hacerlo peor.

Con esta desventaja para los que graznan en los pulpitos; que la manera ramplona, prosaica y vulgar de decir no es lo peor en ellos, sino la intención; mientras en los oradores de ideas avanzadas, la intención es buena siempre. Y lo prueba el que desean extirpar en España la langosta clerical.

¿Por qué medios? Por todos los que las circunstancias exijan y nuestro Espíritu Santo, la Libertad, nos inspire. Amén.

El cura de Tordesillas

Las luchas titánicas del cura contra la carne y las pasiones son una leyenda que ya es hora de que desaparezca. A ella han contribuido la literatura y el arte dramático exaltando é idealizando los tipos para que luego su caída resulte más efectista y emocionante. La psicología del alma del cura que nos han presentado los literatos es falsa, por que ellos sólo han visto esa alma de telón afuera, no han podido estudiarla á fondo, ni aun cuando hubieran podido la habrían analizado á la perfección, por la razón sencilla de estar fuera de su ambiente, de no respirar su atmósfera, de vivir en un mundo distinto, de tener estos clasificadores su espíritu vaciado en moldes totalmente diversos del espíritu clerical que pretenden escudriñar.

Entra el joven levita en los seminarios, (con la excepción del uno por mil) sabiendo muy bien lo que se le pide y lo que él ha de otorgar. Antes de dar este paso, de trazar una forma oficial á su vocación eclesiástica, el seminarista ha rodado por iglesias y sacristías, ha frecuentado cofradías y tratado á diario con curas, frailes, monjas, devotos y neos de toda casta. ¿Sábese lo que este trato representa y significa? Pues el ajamiento, la evaporación de todas las ilusiones que se cernían sobre su alma respecto á la pureza angélica de la vida eclesiástica y otras virtudes que se le atribuyen. Cuantas veces quiera elevarse, purificar su espíritu de la escoria, sublimar los latidos de su corazón encaminándolos al amor divino, se alzaré ante él la sombra siniestra de

aquella escena que contempló tal día, aquella conversación que escuchó, aquellos juicios que se formularon en su presencia y hasta aquella cooperación que prestó, á sabiendas ó inconsciente, á tal hecho delictuoso, y esta sombra maldita tiene la diabólica eficacia de envenenar el resto de sus días, y si no apresura su caída, por lo menos enerva sus fuerzas psíquicas para resistir á la tentación. La conversación que yo oí á dos padres escolapios el día que hice mi primera comunión no se ha borrado todavía de mi memoria, y desde aquel día *tan feliz*, según los devocionarios, aun flotan en mi espíritu las amargas espumas de aquella horrible plática.

Dentro ya del seminario, el futuro sacerdote sólo ve el culto á la forma, á la exterioridad, dejando á salvo todos los apetitos. El mejor seminarista no es el más moral, sino el más hipócrita; el tener una carita de San Luis Gonzaga y un aire beatífico es el mejor salvoconducto para cometer toda clase de tropelías con la mayor impunidad. Al seminario llegan las cartas de los condiscípulos que ya *ejercen*, los rumores del mundo, agravados con las conversaciones de profesores indiscretos, los favoritismos del prelado y los cánigos y hasta los ejemplos nada recomendables de muchos rectores. Todo esto le dice al seminarista que sube, medra, que *hace carrera*, no el bueno y disciplinado, sino el cuco, el adulator, el cultivador de la forma externa, el cual pasa ante los superiores por modelo á pesar de que vive así ó así. Es decir, que triunfa el *cauto*, no el *casto*.

Es consagrado sacerdote el seminarista y toma el mismo rumbo, si no tiene vocación de mártir. Entonces ve bien claro cómo viven sus colegas y dónde queda la decantada castidad del estado eclesiástico. Con los dedos podríamos contar en toda España los clérigos que viven con mujeres que sean sus madres ó hermanas. Los obispos no ignoran estas cosas; hacen la vista gorda; también ellos hicieron lo mismo antes de ceñir mitra; sólo son inflexibles contra el escándalo, no por lo que descubre, sino por los prestigios que destruye.

Y mientras el cura vive feliz y tranquilo en su hogar, como el ratón dentro del queso, sin que su carne experimente aquel agujijón de que habla San Pablo, nosotros, los cantidos, los *impíos*, damos voces estentóreas clamando contra el celibato eclesiástico y compadeciéndonos unas luchas y unas torturas imaginarias, mientras los clérigos se ríen de nosotros y bendicen su celibato forzoso, que les proporciona todas las ventajas del matrimonio, sin ninguno de sus inconvenientes.

El que dude esto, que vea cómo viven y se las *arreglan* esos clérigos directores espirituales de colegios femeninos, capellanes de monjas, de asilos, de hospicios, confesores, prefectos de cofradías, fundadores de institutos religiosos, predicadores de cartel, místicos de fama, consejeros de señoras y muñidores de vocaciones monjiles, y compare sus limitadas expansiones de hombre casado, cargado de hijos, con lo que representa y significa este gigantesco gineceo que el clero se labra á la luz del día, sin tapujos ni misterios, porque en la sombra sólo queda lo nefando, lo inconfesable.

El crimen y asesinato de ese cura de Tordesillas que persigue día y noche á la criada del boticario, no es la derrota en una batalla campal entre el deber y la pasión, pues este cura ya llevaba en su lista largo número de doncellas seducidas, como han relatado los periódicos, sino el desenlace lógico y fatal de un clérigo que ha hecho de toda su vida eclesiástica y ministerio sacerdotal una llave ganzá para entrar á saco en el honor de toda doncella que se ha puesto á su alcance.

Porque la Iglesia impondrá á sus clérigos esa valla imaginaria que se llama *celibato*, pero al mismo tiempo pone en sus manos todos los medios, facilidades y rufanías para saltarla sin peligro cuantas veces quieran, ejerciendo de dócil Celestina en pro de sus ministros.

Algunas veces, como en este caso del cura de Tordesillas, fallan sus cálculos y surge el crimen y el escándalo, no por la estrechez del círculo de hierro en que la Iglesia coloca la carne de sus curas, sino porque en lugar de habérselas con un clérigo taimado, hipócrita y buen tasador de circunstancias y medidas, se halló con un potro desbocado, azuzado por un erotismo sin freno ni diques. Llora, pues, la Iglesia el *caso* de Tordesillas, pero no compadecemos sus lágrimas: son gajes de su oficio de facilitadora de coyundas clandestinas á la sombra del santuario.

Ella no tiene compasión alguna de los que se apartan de su lado y siempre les echa al rostro el dictado de *impuros*, cuando no cabrían en el mundo los infinitos *curas de Tordesillas* que ella encierra en su seno.

FRAY GERUNDIO

ANDANDO POR MADRID

Los tranvías.

Alguna vez habrán necesitado ustedes tomar un tranvía en Cuatro Caminos, Pacífico, Ventas ó Bombilla, de siete á ocho, en domingo, y si no ha sufrido detrimento un

pie, nabrá seguramente padecido el cuerpo ó el bolsillo. Seguramente estas molestias le habrán hecho proferir en una interjección, porque, como decía el gran Leopoldo Cano,

Al que le pisan un callo,
aunque sea absolutista,
lo que es al pronto no dice:
¡viva la virgen María!

Y según su temperamento, belicoso ó no, habrá usted optado por una de estas dos soluciones: ó meterse en apreturas dando y recibiendo codazos y empujones, ó tomar el camino y venir andando hasta su casa.

Y yo preguntó: ¿Es justo que una familia que sale á gozar del sol y del campo en domingo, si tiene niños ó ancianos no pueda utilizar el tranvía? ¿No sería una medida de higiene gubernamental regular esto? ¿Qué se hace del problema en otras partes?

También allí hay dos soluciones: Francia y Alemania fijan el número de pasajeros por coche; dan en las paradas unas tarjetas con números; cuando llega el tranvía dice el cobrador: «3 plazas», y el vigilante de aquella parada dice: «Números 8, 9, 10.» Si alguno de ellos no comparece, llama otro número, y cuando el tranvía está completo se pone en marcha.

Inglaterra y los Estados Unidos tienen otro criterio; sube todo el que quiera, llenando los asientos, el pasillo central, las plataformas, los estribos, y hasta se sientan unos sobre otros si son conocidos; pero previamente, y auxiliados por los guardias, hacen subir á los niños, los impedidos y los ancianos.

¿Cuál sistema es mejor? Cualquiera, adoptando uno; pero aquí cada conductor, cobrador, vigilante ó guardia tiene uno distinto, y el publico no sabe nunca cuáles son sus derechos, y surgen constantemente protestas y discusiones.

Es verdad que en aquellos países los primeros en respetar y hacer respetar las leyes son las autoridades, y aquí ser autoridad equivale á tener facultades para faltar á aquéllas. Todas las plataformas de los tranvías tienen un letrero que dice: «tantos viajeros y una autoridad»; fíjense ustedes y verán en todos por lo menos dos guardias; cuando no van también policías, concejales, diputados, etc., que tienen pase por ser autoridades.

Tanta es la apatía de las nuestras, que por no perder el momio del pascito nada ven ni leen. Se habrán fijado ustedes en los charcos que se forman al final de las calles en cuesta con el agua que corre por los carriles; tal vez se hayan fijado en unos desagües del carril que hay en varios sitios, entrada de la calle Mayor, Cibeles, Serrano esquina Jorge Juan, y algún otro; y habrán podido comprobar que donde le hay no se forman charcos ni lodo; pues bien; hace cinco años que los facultativos municipales ordenaron á las Compañías la construcción de 60 desagües, y ni se han hecho ni se harán. ¡Son más baratos los pases!

Las rodadas al lado de los carriles también son eternas y las empresas de tranvías echan la culpa á los carros, ¡como si los carros no tuvieran derecho á ir por las calles! En otra ocasión dijimos en estas mismas crónicas, que si adosasen al carril otro hierro plano á cada lado, formarían dos cintas como las de piedra de la Cuesta de San Vicente y no habría tantas rodadas, porque los carros no se saldrían de ellas más que cuando sus conductores inclinases el tiro; dijimos también que debían suprimirse los carros de dos ruedas, que debía reglamentarse el ancho de la llanta en relación con el peso, etc., etc.; pero como nada se hace y la disculpa es siempre la falta de dinero, vamos á proponer otra cosa.

Si observamos diariamente una calle recién empedrada, podremos comprobar que las rodadas empiezan á producirse donde hay un medio adoquín (ya se sabe que para matar las juntas alternan los adoquines y al lado del carril, que es recto, hay siempre un entero entre dos medios). Si en vez de poner estos medios trajesen adoquines de vez y media la longitud de los actuales alternando un entero con otros de uno y medio, tendríamos conseguida la desaparición de los pedazos y más resistente la proximidad del carril.

¡Ah! Y no olviden los concejales republicanos, si toman en consideración estas indicaciones, que la conservación de la entrevista y 50 centímetros más á cada lado es cuenta de las Compañías.

JUAN PÉREZ

Fruta del tiempo

Leo en un periódico:

«Una comisión de jefes y oficiales del regimiento de San Fernando, de guarnición en Lugo, saludó á la comunidad de PP. Franciscanos, con motivo del centenario de la fundación de la orden, mostrándose agra-

decido el regimiento á las atenciones que en toda ocasión le dispensan los Franciscanos.

También dispuso el coronel del regimiento, Sr. Pulleiro, que la banda de música fuese tocando desde el cuartel hasta el convento, ejecutando ante este edificio algunas obras.»

Suplico á los periódicos liberales que no copien esta noticia, no sea que vayan á enterarse en sus tumbas los millares de jefes y oficiales del Ejército asesinados durante el pasado siglo en las guerras promovidas, alentadas y costeadas por los frailes, tanto en la Península como en Filipinas, y se arripien tan de su heroico, noble y santo sacrificio.

RÍOTINTO

UNA FECHA TERRIBLE

Quando los humos.—La mentira oficial.—20 carros cargados de muertos.—400 sayones de la compañía.—La alcahuetería armada.—Robo de dinamita.

4 Febrero 1888.

Esta es la fecha terrible que se repite cien veces diarias y que pesa como una obsesión. Hasta los que no asistieron á ella la recuerdan con invencible temor, pues en fuerza de oírlo repetir, la imaginación se la representa con todo su trágico vigor de traidora hecatombe. Quizás esta fecha no se revelase tan imponente en el recuerdo si de ella se hubiese hecho á tiempo un relato fidedigno; pero la verdad se disfrazó entonces, la opinión no pudo horrorizarse, y Riotinto sabe que, si el caso llegase, la matanza se reproduciría friamente, y la verdad volvería á callarse.

Fué cuando los humos de las teleras suscitaron tantas protestas. Las tropas ocupaban el centro de la población, y en torno de las tropas, millares y millares de manifestantes pululaban. Sin armas que esgrimir, sin piedras que arrojar, un estrujón de la gran muchedumbre hubiera bastado para aplastar á la fuerza armada. Pero los manifestantes no sentían intención agresiva ni sospechaban el lazo que se les tendía. Sólo querían demandar que cesasen los mortales humos que les quebrantaba el pecho y les obligaba á cerrar herméticamente todas las puertas y huecos de las casas cuando el manto gris descendía sobre el pueblo. Esto pedían aquellos millares de manifestantes... De pronto flota un ros en el aire, y las descargas resuenan. Ni siquiera respondían á una voz de mando. Un hombre que se descubre: señal convenida. La gente se sobrecoje y atropella. Las balas siguen cayendo sobre el montón informe. El parte oficial anunció á España 15 muertos y 25 heridos.

¡15 muertos y 25 heridos!... ¡Y fueron 20 los carros cargados de cadáveres que desfilaron por las calles camino del cementerio! Sólo Riotinto contó la falta de trece hijos suyos y recogió veintitantos heridos. Los demás, hasta cargar veinte carros de muertos, pertenecían á esa heteroclitia población de los grandes centros mineros: gente mal avenida con la justicia, desertores de presidio, habitantes de miserables regiones que huyen del hambre, recios portugueses que trabajan sin cansancio. Con ser tantos, ninguno fué reconocido, nadie reclamó por su muerte, todos fueron en montón á las grandes fosas que les abrieron en el cementerio. Familias hay que al preguntarle por el marido ó por el hijo, creen que están en Argelia ó que emigraron á América, y son polvo en el camposanto de Riotinto.

El escarmiento fué tan duro, que su recuerdo sigue vivísimo después de veinte años.—«La matanza del 88» «El 4 de Febrero», así se designa aquella cruenta jornada. La Compañía tuvo buen cuidado de que el terror ya no se extinguiese nunca. Los humos siguieron asfixiando y nadie osó protestar en manifestación ni en la Prensa. Ochenta guardias bien armados de carabina y sable, más de doscientos guardas jurados armados de carabina y palo—unos cuatrocientos hombres en junto—con su jefe, que es plaza montada, dan seguridad á la Empresa. ¡Y qué odio no inspiran estos sujetos! Ellos forman la alcahuetería organizada y armada. Cada uno de ellos es un tiranuelo con todo el orgullo que la ignorancia presta á los que ejercen mando, rara vez contrariado. La autoridad se les ha subido á la cabeza, y de ella usan y abusan con escásima prudencia. Sus delaciones han costado bastantes expulsiones.

Muchos han sido mineros, y no hay minero traidor á sus compañeros y que disponga de algunas pesetas para sobornar al jefe que pierda la esperanza de ingresar algún día en ese disfrazado batallón, dispuesto siempre á reproducir, sin el concurso de los guardias civiles y de los soldados, la matanza del 4 de Febrero... Y como muchos han sido mineros, tienen odios antiguos, rivalidades del oficio que ahora satisfacen, seguros de que la sinrazón que cometan no ha de repararla la Compañía por temor de quebrantar el principio de autoridad. ¡Que la injusticia se consume antes que desautorizar á un agente, y que el obrero aprenda á protestar! Así, por satisfacer una baja venganza, se ha dado el caso de entregar al juez un sujeto de esos á cierto enemigo suyo, acusándole de haberse revuelto contra su autoridad. Inútilmente comparecieron algu-

nos testigos, indignados de la felonía del agente, para declarar que sólo éste había sido provocador y maltratador del preso. El guarda había hablado, y sólo él fué oído.

Este hábito de obrar arbitrariamente da á sus palabras un tono seco, duro, imperativo, ineducado—tal el guarda que por dos veces me expulsó de las ruinas,—que hieren en lo íntimo y obliga á obedecer sin discutir la injusticia. Sólo algún minero borracho se atreve á discutir; pero entonces suenan los pitos: serenos, orden público, guardas y guardias le rodean, le meten en la cárcel, le apalean, y al otro día una fuerte multa le priva del jornal de una semana. Si la protesta se reproduce, á la paliza y á la multa sigue la expulsión de la zona minera...

Con estos implacables tratos, todo es tranquilidad por fuera... Por dentro, la cólera arde en los pechos... Todos los días hay robo de dinamita en los trabajos de las minas. Parte de ella se vende; parte se guarda...

M. CIGES APARICIO

Una mujer acogida en el Santo Hospital de Caridad de Ferrol fué puesta en la calle al tercer día de ingresar, por haber descubierto que tenía un hijo no bautizado.

Alguna hermana de la Caridad, si las hay en aquel Centro, pensaría acaso en el hijo que echó á la Inclusa, convenientemente bautizado, para que, en caso de morir, fuese al cielo á rogar por una madre tan buena, tan santa y...

Tan criminal.

Y respecto al director del establecimiento que lo dispuso ó lo consintió, y á los médicos que lo toleraron, ¿qué decir? que creería rebajarme... hasta despreciándolos.

Intransigencia clerical

Muertos y heridos

El Liberal del domingo publicó el siguiente telegrama de su corresponsal en Orense:

«El obispo de la diócesis, entendiendo que el artístico exmonasterio de Osera, al que profesan extraordinario cariño los naturales, amenazaba ruina, decidió derribar el baldaguino del altar mayor.

El vecindario entero se opuso á la medida del prelado, y una comisión visitó al obispo, ofreciéndose á sufragar cuantos gastos fueran necesarios para las reparaciones del templo.

Ya en diferentes ocasiones manifestó el pueblo de Osera que estaba dispuesto á no consentir que se llevaran nada del exmonasterio, y que el envío de Guardia civil para cumplimentar los mandatos del gobierno sería dar ocasión á un día de luto.

El obispo, lejos de tener en cuenta la actitud de aquel vecindario, solicitó el apoyo del gobernador civil, conde de Buena Esperanza, quien como presidente de la comisión de monumentos de la provincia, ordenó al jefe de la Guardia civil que fuerzas del referido instituto se reconcentraran en aquel punto á fin de evitar alteraciones y auxiliar las obras que habían de efectuarse en la iglesia parroquial. Las tristes profecías se han cumplido en un todo.

El día 23 de madrugada salían fuerzas de la Guardia civil para el lugar del suceso, al mando del teniente Salinas.

La Guardia civil y ocho carpinteros, encargados del derribo del baldaguino, penetraron en el templo, que se hallaba invadido por buen número de mujeres y niños, los cuales, con gran vocerío y denuestos al obispo, pedían que fuese respetada la iglesia. Las campanas del templo volteaban furiosamente á rebato, y por las sendas y caminos bajaban los aldeanos en grupos.

El teniente Salinas mandó á las mujeres y los niños desalojar el templo, y como no fuese obedecido, cargó á la bayoneta sobre aquellos seres indefensos, que abandonaron el sagrado recinto dando gritos de dolor.

Los grupos de hombres iban poco á poco formando una masa compacta, y los carpinteros, temerosos de un sangriento desenlace, adoptaron la prudente medida de retirarse.

De las aldeas circunvecinas continuaban llegando labriegos, y se oía á lo lejos el toque á rebato de las parroquias de la montaña, que hacen causa común con los de Osera, por cuyo monasterio sienten gran veneración y orgullo.

El relato oficial dice que los campesinos, amontonando á la puerta del templo enseres y combustibles de todas clases, intentaron pegar fuego al edificio.

Añade el teniente Salinas que los paisanos «armados» agredieron á la fuerza, y que ésta, después de las prevenciones de ordenanza, hizo fuego, causando á los aldeanos tres muertos y cuatro heridos «vistos» por la Guardia civil.

Se dice que el número de muertos y heridos es muy superior al citado en la comunicación oficial.

Tampoco se sabe á ciencia cierta cuál es la situación actual del destacamento.

Según las noticias particulares, la actitud del pueblo hizo que el teniente Salinas y los 16 guardias á sus órdenes se encerrasen en el monasterio, fortificándose como mejor les fué posible.

El citado oficial, en su comunicación escrita á las tres de la tarde, pedía con toda urgencia auxilios, añadiendo que 25 pueblos de la montaña bajaban en masa á unirse á los de Osera.

El conde de Buena Esperanza ordenó que se reconcentrasen inmediatamente en el lugar todas las fuerzas de la Guardia civil de los pueblos inmediatos.

De la capital salieron también las disponibles con dos oficiales, un capitán y el jefe de la comandancia, Sr. Cebreiros.»

Y el lunes publicó este otro telegrama El Liberal:

«Hoy se ha celebrado un «meeting» de protesta en el Centro Obrero.

Concurrieron al acto todas las clases sociales, y se acordó dirigir una exposición á las Cortes, firmada por todo el pueblo, pidiendo la destitución del obispo y del gobernador y el procesamiento del teniente Salinas, que mandó hacer fuego contra los paisanos.

En el documento se relatarán los hechos con la mayor imparcialidad.

Continúa la indignación pública contra los autores morales y materiales de los sangrientos sucesos.

Este sentimiento es tan grande y sincero, que los empresarios de espectáculos públicos y dueños de cafés suspendieron sus funciones y cerraron sus establecimientos la noche del sábado.

Noticias oficiales recibidas de Osera permiten asegurar que la ocupación militar en dicho pueblo es efectiva, no permitiéndose la formación de grupos y continuando la fuerza pública alojada en el monasterio.

El notario de Osera ha reprobado públicamente los horrores allí acaecidos, y análogas manifestaciones ha hecho el maestro de escuela.

El periódico «El Miño» ha iniciado una suscripción pública para socorrer á las viudas y á los numerosos huérfanos é inutilizados en los disturbios de Osera.

Una sección de la Cruz Roja saldrá inmediatamente para el lugar del suceso.

Se sabe que el obispo se ha refugiado en un convento de monjas de Allariz.

El coche que conducía al prelado volcó en el camino.

Se cree que el obispo no volverá á Orense.

Los católicos más fervientes consideran ésta la mejor solución para los intereses religiosos.

La opinión espera que los diputados y senadores por la región gallega interpelarán al Gobierno y recabarán de él la debida justicia.

En Orense se han adoptado grandes precauciones.

Quando se reciban noticias completas de estos sucesos sangrientos, los juzgaré como se merecen.

En Langa de Duero un sacristán mató de un pistolazo á una mujer.

—No lo creo; si hubiese sido un cura...

—Pues era un sacristán... Y en el acto se suicidó.

—Eso ya muda de especie; un cura no se hubiera suicidado; en primer término porque no le convenía; en segundo, porque el suicidio es un pecado mortal, y en tercero... por saber que hay bulas para difuntos.

Lógica clerical

LUGAR DE LA ESCENA.—El establecimiento del que sale cierta tartana para cierto pueblo de la comarca de Rous.

PERSONAJES.—Varios labradores y un zural. Agricultor primero.—Y vuelve á Hoyer. ¡Qué tiempo más malo!

Agricultor segundo.—Ya la tierra no quiere más agua. Deberíamos prepararla á estas horas para la próxima siembra, y como está tan mojada hemos de ararla para que el viento y el sol, el escaso sol que Dios nos da en invierno, seque la tierra que levanta la reja del arado.

Agricultor tercero.—¡Y todavía dicen que Dios es sabio y providente; que nos da la ropa según el frío; que escucha las plegarias de los hombres! Los labradores no debemos serlo sin duda para el Dios omnipotente...

El cura rural.—¡Callad, maldicientes! ¡No mancilléis el santo nombre de Dios poniéndolo en vuestros pecadores labios! El Hacedor Supremo no es un esclavo de los hombres. Haced lo que su justicia le aconseja, lo que su omnipotencia quiere. ¿Deseáis acaso, imbéciles, un maniquí obediente á vuestros caprichos?

Agricultor tercero.—¿Y las rogativas, y las misas, para qué sirven?

Los agricultores (á coro).—Para que los curas engorden y nos llamen luego imbéciles.

CRISTOBAL LITRÁN

Por fechar la carta en Vigo la persona que me dió la noticia, fijé en dicha ciudad el suceso de las monjas de la Enseñanza que figura en la página 6 del número anterior, siendo así que ocurrió en Valladolid.

Que conste. Cada palo aguante su vela, y á cada uno lo suyo.

El clericalismo en campaña

No lo duden: si el clericalismo nos ofreciera algo más positivo y suculento que el reino de los cielos a cambio de nuestra sumisión y conformidad, su triunfo sería seguro; pero es lo que dicen ó piensan la generalidad de los que, como Bartrina, tienen sentido común: ¿Y si luego resulta que no hay cielo?

La cosa es para bien meditada. Unos señores muy respetables y respetados, muy rebosantes de honores y riquezas, muy bien trajeados y servidos, generales en jefe de ejércitos casi innumerables que les obedecen bajo el yugo de la más severa disciplina, ni tienen otro empeño ni se avienen á otra empresa que á la de librar nuestras almas de la condenación eterna en lucha constante con el ángel rebelde y el dragón del abismo que interesadamente las quiere conquistar para las hirvientes calderas del Infierno.

El Papa no duerme, los obispos no descansan, los curas no viven, los jesuitas no comen pan á manteles, los frailes ayunan á vegetales y agua, las monjas pasan las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio en ásperas penitencias; y todo ¿por qué? por la salvación de las pobrecitas almas de los demás. ¡Hermoso sacrificio! ¡Sublime heroísmo!

Pues no digo nada de esos católicos señores que velan con celo singular al lado de los curas, de los frailes, de los jesuitas, de los obispos y de las monjas, en calidad de coadjutores voluntarios y decididos cooperadores á la celestial obra. Los unos verificando raudales de sagrada elocuencia en los Congresos de la Buena Prensa ó de la Adoración nocturna; los otros ilustrando con su sabiduría las columnas de los diarios y las revistas ortodoxas; quién abandonando sus propios negocios para dedicarse á la fundación de Casinos, Teatros y Círculos obreros con el único y exelsivo fin de la salvación de las almas. Tanta abnegación resulta más que heroica, épica.

Salvar á un naufrago de una muerte cierta; á un semejante de las llamas de un incendio; á los viajeros de un tren de un descarrilamiento, son acciones altamente meritorias, máxime cuando siempre responden á movimientos impulsivos, á *primo primis*, de los cuales ni se espera ni se piensa en la recompensa; pero dedicarse por oficio y por sistema á la salvación de las almas (que nadie sabe lo que son), de unos peligros imaginarios (que nadie sabe dónde están ni en qué consisten), es un colmo digno de los que abren y cierran la puerta Otomana, ó se empeñan en subir al pescante y empuñar las riendas del tiro de la Osa mayor.

Quizá por estas consideraciones la generación actual, de suyo práctica y recelosa, agradeciendo las finas atenciones del Papa, de los obispos, de los curas, de los jesuitas, de los frailes y de las monjas, no acepta de buena gana sus servicios y á todo trance desea quitarles el carácter de obligatorios.

El fenómeno no puede menos de preocupar á los pensadores, porque nadie desprecia el bien conocido, y la presente protesta general dice muy claro, que si en diecinueve siglos no ha tenido tiempo la Iglesia de convencernos de la verdad de sus promesas, ni inculcarnos una esperanza sólida en los bienes de un mundo futuro, no será fácil que lo consiga más tarde. Y eso que para persuadirnos ha tenido á su disposición cuantos medios pudiera desear el más descontentadizo: reyes, naciones, armas, dinero, poderes políticos, judiciales y legislativos, hierro y fuego. ¡Ah, pues si no hubiera sido por eso! ¡Si no hubiera sido por el *creo ó muere!*

¿Cómo?—se ha preguntado al fin la humanidad—¿nos van á llevar á tiro limpio á la bienaventuranza? Aquí hay gato encerrado. A nadie se lleva á palos á un suntuoso banquete. Y de reflexión en reflexión dió con el hilo del ovillo de los propósitos de sus tenaces y obstinados salvadores, cayendo en la tentación de calificar de industria productiva, de descansado oficio y de *modus vivendi* el sublime heroísmo y encomiado sacrificio de sus amantísimos bienhechores. La argumentación no puede ser más aplastante.

Seis son los novísimos ó postrimerías del nombre, según el catecismo de la doctrina cristiana (y me permito rectificar al padre Ripalda), Muerte, Juicio, Infierno, Gloria, Purgatorio y Limbo.

¿Que morir tenemos, ya lo sabemos!

¿Y después de muertos qué? Pues lo mismo que antes de nacer. ¿Se acuerdan ustedes de lo que les pasó el día antes de pasar revista de presente en el ejército humano?—Yo tampoco. El proceso biológico no se sabe dónde empieza ni dónde termina; sólo conocemos de él, y no muy á fondo, un período insignificante.

¿De dónde ha salido eso del Juicio de ultratumba, del Infierno, de la Gloria, del Purgatorio y del Limbo?—¡Ah! Son verdades sublimes de la fe.—¿Y qué es la fe?—Una luz sobrenatural, dicen los teólogos, por lo cual creemos, sin necesidad de ver, lo que Dios nos dice y la Iglesia nos propone.

Y aquí por Iglesia se entiende la que llama

man docente, compuesta de unos señores muy respetables y respetados, muy majos y bien trajeados, que viven en grandes palacios, disfrutan magníficos coches con lacayos galoneados y ocupan en todas partes lugares de honor y de presencia, por sólo estar con el oído alerta para que no se le escape la palabra de Dios, que nos han de proponer para bien de nuestras almas. El oficio no debe ser muy molesto; y lo que es bien retribuido, no hay duda que lo está.

Pero como en este pícaro mundo no hay oficio sin quebras, del rey abajo, á lo peor salta un *Cantaclaro* dispuesto á tirar de la manta, y dice: «La fe son unas antiparras que los ópticos sagrados ponen en los entendimientos cortos de vista, para hacerles ver lo que á ellos les conviene.»

Porque la verdadera fe consiste en creer lo que, aunque no se ve, pueda verse. Se puede creer en la existencia de París, sin haberlo visto, por el convencimiento de que puede verse. Se puede creer que el agua está compuesta de hidrógeno y oxígeno, porque se puede hacer el análisis. Se puede creer que los cuerpos buscan el centro de gravedad, porque no hay más que arrojar una piedrita en el espacio. Pero que después de muerto le espera á cada quisque un anciano de luenga y nevada barba, rodeado de fiscales y abogados, ministros y alguaciles y un fiel almotacen con un peso en la siniestra mano y una espada en la otra para ver los gramos de diferencia que se aprecian en el alma con relación á las misas que no oyó ó á las veces que leyó el *Heraldo*, *La Correspondencia*, *El Motín* y *El Pueblo*, á otro perro con ese hueso.

Y no digo nada de la grandiosa y solemnisma revisión general de estos juicios particulares que tendrá lugar y coincidirá con la extinción de este mísero planeta, en el valle de Josafat, que no sabemos dónde ha de quedar cuando la Tierra quede convertida en pavesas: *Solve saeculum in favilla*.

Dejo meditar á mis lectores sobre este segundo novísimo eclesiástico, para que vayan acostumbrando sus inteligencias á digerir alimentos fuertes, que procuren aderezar con gustosos sainetes que les exciten el apetito, disponiéndoles convenientemente á la batalla decisiva contra los que en nombre del cielo intentan apoderarse de la tierra.

CANTACLARO

La Pascua rusa

La Pascua rusa es la fiesta por excelencia. No cabe mayor alegría, ni más solemnidad que los rusos ponen en celebrarla.

Aquel día, cuantos se cruzan por la calle, se besan en la boca y cambian este breve diálogo:

—¡Cristo ha resucitado!

—¡Es verdad, hermano! ¡Cristo ha resucitado!

Y nadie falta á esta obligación.

El mismo czar Nicolás II pasó, hace algunos años, junto á un centinela, le besó y le dijo:

—¡Hermano! ¡Cristo ha resucitado!

Pero el emperador oyó con asombro la siguiente respuesta:

—¡No, hermano! ¡Cristo no ha resucitado!

Creyendo haber oído mal, el czar insistió:

—¡Te digo que Cristo ha resucitado!

—¡Y yo vuelvo á decir que no ha resucitado!

—¡Miserable!—gritó el czar furiosamente.

Pero su furor se calmó pronto. En cuanto le advirtieron que el centinela era judío.

Esto me hace pensar que al protestante que en España se negase á ir á misa lo echarían á presidio.

En esto estamos hasta por bajo de la propia Rusia.

O lo uno ó lo otro

Celebrando *La Correspondencia de España* los talentos del padre Calpena (un Sazonarola de chicha y nabo para organizar actos religiosos con mujeres y chicos, á lo jesuita, y un autor de cuentos malísimos, véase el *Ídem Semanal*), llámale «artista de la palabra». Luego, si él hace equilibrios en la oratoria desde el púlpito, y con ellos maravilla y suspende á los boquiabiertos, huelga el Espíritu Santo. O es el Espíritu Santo quien habla, ó es el P. Calpena; uno de los dos. Y así todos los predicadores.

Pónganse una vez de acuerdo los católicos. ¿En qué quedamos? ¿Es el Espíritu Santo quien sermoniza? Pues lo hace bastante mal. ¿Son los curas? Pues hay que dispensarlos; los curas no tienen la obligación de ser unos Demóstenes, ni mucho menos. Con saber decir ¡jarre! al ganado que apacientan, ya saben lo suficiente. La ilustración vastísima, los conocimientos universales y la ciencia suma sólo son necesarios á los herejes, para embaucar á los demás haciéndoles ver lo blanco negro y dándoles la mentira por verdad.

Pero la religión, la quinta esencia de lo

verdadero, lo bueno, lo justo, lo sublime y lo claro, no requiere demostración alguna; ello por sí se presenta de un modo indubitable, en forma diáfana y transparente... ¡Zas! ¿Lo habéis visto? ¿Sí? Pues toda explicación, toda prueba, todas las ciencias comprobantes son inútiles y perjudiciales; sobran y estorban.

Por eso la religión no necesita sacerdotes cultos; con unos simples pastores está suficientemente servida. Esto fueron sus primeros apóstoles, esto son los entreverados de nuestra época, y esto serán los últimos, cada vez en mayor grado de rusticidad, hasta acabar en porros.

ENTRE DOS SORBOS

Mi amigo, desdeñoso, suelta de la mano el periódico, que cae á sus pies. Un pensamiento de desdeñosa lástima ha debido de cruzar por su cerebro, porque sus labios se pliegan en un mohín de hastío y su mirada se diluye sin sentido sobre la aromosa taza de café que humea. Luego, con estudiado descuido, chupa largamente del cigarro, retiene negligente la bocanada, alza la cabeza y lanza al techo con suavidad, en alegre cascadita, el blanco hilo del aromático humo. En su rostro se desliza una amable melancolía. Transcurre un minuto de silencio. Un poco nervioso, mi amigo se lleva á los labios la taza humeante de café y paladea con recogida gratitud de devoto un sorbito del negro brebaje. Y me habla:

—Me felicito de ser lo bastante egoísta para que no me interesen las revoluciones. Las carnicerías no me gustan. Prefiero el humo aromático del café ó del cigarro al olor molesto de la pólvora. El ruido de la fusilería y el tronar del cañón me producen dolores de cabeza y excitación mis nervios. El vaho que exhalan las multitudes me desvanece... Si las ideas han de exigir de mí que me interese por las revoluciones, que me agraden las carnicerías, que considere perfume de moda el olor de la pólvora y que el rugido de las descargas me suene con gratitud al oído y me complazca el hálito rudo que emana de las aglomeraciones, renuncio á todas las ideas. Yo soy hombre moderno, y como tal hombre moderno prefiero mi comodidad á la de todo el mundo. Me tiene completamente sin cuidado que se maten los turcos, los moros, los chinos, los mismos demonios, por la sentimentalidad de ideas ya en desuso. ¿He de matarme yo por algo, yo que he reformado la idea de la dignidad y el decoro lo conveniente para invocarla cuando me convenga y negar su existencia cuando no me traiga cuenta? ¿He de ligarme yo á empresas peligrosas, yo que supe despojarme de todos los sentimientos de familia, de Patria y de honor?... La revolución, el derecho, la Patria... ¡Lindos temas para escribir hermosas poesías para el vulgo!

Yo te probaría que las revoluciones no son peligro alguno en las Naciones cultas... En Turquía sientan bien, en Marruecos no desdicen de la ilustración de la plebe... En Europa hacemos las revoluciones de frac, con guantes blancos y luciendo flor olorosa en el ojal. Las fraguamos en el descanso de un cotillón, entre lisonjas y galanterías á las damas, y á veces diluyendo en la boca el dulce halago de un bombón que nos ofreció, amable, mano femenina. Hombres de gusto, las barricadas nos son odiosas; el contacto de la multitud enojoso, y desagradables el ruido de la fusilería y el olor de la pólvora. Para nosotros las revoluciones no tienen más valor ni más transcendencia que los de cualquier pasatiempo divertido. Para mí tiene más importancia el corte de mi traje ó la descompostura de las ativas guías de mi bigote, que todos los ideales del mundo. La bondad del corte de mi traje, á la postre, es para mí una satisfacción, una complacencia que me dignifica, que expresa mi gusto. Nada que pueda comprometer mi comodidad y mi vida me interesa. En el siglo XX, resueltos ya todos los problemas de nobleza, honradez, decoro y honorabilidad, pedirle á un hombre que piense el sacrificio de su tranquilidad es soñar en imposibles. Que se maten los infelices que aún viven apegados á la incultura. En Europa los hombres de la civilización, no sólo consideramos ridículo buscar la muerte, sino que ni siquiera creemos razonable ser agarrado al asesino. Todo lo tenemos resuelto. Sólo para las dudas declaramos oficial el suicidio.

Y mi amigo, alzando de nuevo la taza, la acercó á sus labios y paladeó largamente, con recogida gratitud de devoto, un sorbo del negro y humeante brebaje.

—Me felicito de mi egoísmo.

GUSTAVO

Matanza ortodoxa

Leo que en Medina, á causa de haber sido asesinados dos musulmanes por un armenio, los musulmanes han iniciado la matanza de armenios; y que las comunidades cristianas piden auxilios de tropas.

La primera noticia me la explico: un cristiano, sea armenio, sea español, no está obligado á observar el precepto V del Decálogo,

sino al revés. Donde dice: «No matarás», ellos leen: «Matarás al que no profese tu religión»; y así proceden constantemente.

Que los mahometanos se defiendan contra quienes pretenden darles pasaporte para el país de las huries antes de tiempo, también me lo explico; lo mismo haría yo, y más habiendo tantas huries de verdad en este mundo (las otras son tan problemáticas como los ángeles del paraíso).

Lo que no comprendo es que los cristianos pidan auxilio á las tropas.

Y las milicias de Cristo, ¿no sirven para nada? Los ángeles, los arcángeles, los serafines ¿se están mano sobre mano? Los milagros, ¿para cuándo son? ¿No dicen nuestros sacerdotes que los mártires van al cielo derechamente? ¿Pues dónde mejor pueden estar que en la santa gloria?

Ya que se les presenta una ocasión que ni pintada para subir al cielo, aprovéchela. Y yo les juro que, si vienen después á demostrarme la existencia de ese momio eterno, y me traen un billete del ferrocarril cerúleo visado por San Pedro, iré con un rayo á Medina, dejándome degollar por el primer mahometano que encuentre en el camino.

Aunque, bien pensado, para ese viaje no había de necesitar alforjas; sin ir á Medina, en la misma España no faltaría un fraile que acabara conmigo.

O varios.

O todos.

LIBERALIDADES

(Fragmento de un discurso pronunciado en una velada literaria-musical, celebrada por el 52 aniversario de las Constituciones vigentes en la República mexicana.)

El pequeño salón estaba decorado con muy buen gusto y seriedad propia de la fiesta conmemorativa que se celebraba á puerta cerrada; los asistentes al acto, circunspectos, con la circunspección que exige y da el traje de etiqueta, serios—quizá en demasía y por la misma causa quizás,—escuchaban atentos al joven orador; éste dió un sorbo en el vaso del agua (aprovechemos el paréntesis para preparar papel y lápiz; tomemos nota de las monstruosidades que, en forma de latiguillos oratorios, van á salir seguramente de esa boca satánica, y sin comentarios de nuestra pluma, mojada en agua bendita—manera única de conservarla siempre pura,—pongamos las sacralígas palabras á la vindicta pública, para que ella vea cómo se explican los verdaderos republicanos y los juzgue con la severidad que el caso requiere. ¡Vaya un paréntesis! ¡ni el de espera de los republicanos españoles!); limpióse los labios con pulcritud y afectación de una tranquilidad que no sentía—porque todos no tienen en la tribuna la *frescura* de Maura,—y continuó su interrumpida alocución.

«A los deseos de ardiente patriotismo sostenido con el enérgico tesón característico del gran estadista, (1) se oponía un enemigo formidable; ese enemigo enmascarado con distintos nombres evangélicamente dulces, monstruo de garra invisible y fauces insaciables, más temible que el mejor organizado ejército porque, contrario á todos los sistemas estratégicos, ataca á traición; el enemigo irreconciliable de todo lo que signifique progreso, de todo lo que es humanamente bueno, de todo lo verdaderamente moral, hasta del amor, sentimiento original de todo bien; el que, señalando al cielo donde aún hay cielo, fiscaliza todavía todo lo de la tierra, buscando únicamente el propio provecho; el clero, en fin.

Y ante lo imparcial, debemos reconocer lo perfectamente lógico y natural de ese encarnizamiento sin cuartel con que fué perseguido por el clero el genuino representante de la entonces naciente democracia, hoy fuerte y robusta; porque ¿quién es el bueno, quién el justo con bastante mansedumbre para dejarse despojar sin defensa de sus tesoros, así ellos sean producto de la estafa más inicua, estando amparada por las leyes?; y la democracia fué, con la espada en la mano, la que expulsó á las legiones de *Adanes* y de *Evas*, que, cobijados en el regio manto de la ignorancia y del fanatismo, gozaban á sus anchas los infinitos bienes del paraíso terrenal—pues paraíso era México para frailes y monjas;—tan á su sabor estaban dentro de él, que ahora, fuera, asoman sus tocas blancas y sus capuchas negras por encima de las tapias, con la esperanza de volver á entrar al menor descuido del guarda, del que se recatan menos cada día.

Este último detalle metafórico quédese consignado porque es cierto; pero no es aviso de alarma; el clero monástico, el más peligroso, y el clero secular, salvador de almas previo pago, son ya incompatibles con el espíritu moderno que predomina en México; acaso sean convenientes los representantes en las religiones, respetables todas, necesarias algunas—mientras no las

(1) Benito Juárez, autor de las «Leyes de Reforma», que impusieron la separación de la Iglesia y el Estado en México.

sustituya algo mejor que ellas;—sin embargo, yo ampliaría las leyes de reforma con un inciso en cualquiera de sus artículos, premiando de los fondos del erario público á todo ciudadano que presentara una cabeza tonsurada; ¿que eso sería cruel y absurdo? Bueno; yo lo haría fundándose en que ninguna sociedad protectora de animales extiende su altruismo hasta las víboras y los chacales. (Aplausos.)

No es odio, son recuerdos; recuerdos de la angustiosa tragedia de Torquemada, dispuesta siempre á representarse desde el escenario del Vaticano; todos los librepensadores estamos obligados por nuestras convicciones á dificultar la vida del clericalismo hasta hacerla imposible en todo el planeta, por falta de ambiente viciado indispensable á su organismo; es el cáncer social difícil de extirpar; brutal y sin conciencia, explota el filón más delicado é inagotable del corazón humano: la idea religiosa. Irritado ante la imposibilidad de sujetar la venda de la fe por el predicado, que va cayendo hecha jirones, inventa los sofismas que hacen indiscutibles las libertades; á él son debidas esas hábiles demostraciones de la imposibilidad para que cualquier hombre sea libre en absoluto é igual á todos; como ladrón astuto y atrevido que es, alguna vez se envuelve sin escrúpulo en la sagrada túnica de la ciencia que odia, y mata las propiedades irrefutables de la metafísica y la filosofía; todo lo abarca, todo lo intenta con el disraz que le acomoda en cada caso; pero la razón natural lo descubre, le arranca la máscara y nos permite ver á la luz del día su rostro macilento de viejo avaro.

Basta ya; es intolerable tanta herejía...
MANUEL VINUESA
México, Marzo 1909.

TÍTULOS A REAL Y MEDIO!

En Prusia, Estado eminentemente aristocrático, hace falta dinero, y la Comisión del Landtag no se para en barras con tal de conseguirlo. Según tarifa reciente, puede cualquiera ser allí duque por 10.000 marcos; príncipe, por 6.000; conde, por 3.600, y barón, por 1.200 solamente.

Un tendero de comestibles al por menor, un labriego con cuatro yugadas de tierra, podran codearse con los más preclaros descendientes de la nobleza gótica, por unos miserables billetes del Banco.

¿Bu na anda la nobleza y buenos andan los prestigios de un régimen caduco, cuyo poder se hacía provenir nada menos que de Dios! Están por los suelos. Día llegará en que nadie se baje á coger un título de príncipe ó duque, como sucedió con los asignados en tiempo de la Revolución francesa. Ya están esas pompas aristocráticas al nivel de las puntas de cigarrillos, y pronto las recogerán los golfos, haciendo una burlesca genuflexión y pronunciando su característica frase:—¡Date, colilla!

UNO MAS

Viene á mí casualmente, en visita paternal á una moza que ayuda dentro de mi casa el diario que hacer.

El hombre es un viejo. Los sesenta y cinco cumplió. Desde los once vive cautivo en las prisiones del jornal. Inútil é achacoso al presente, ha subido un escalón tras otro los ciento que llevan á mi domicilio.

En mi domicilio hay ascensor, pero no juega para los mal vestidos. Podrían ensuciario, y sería una lástima. ¡Tan reluciente como está el ascensor, y con su banquillo forrado en terciopelo!

Por la escalera de servicio ha subido el anciano. Aún tose y jadea, afanzándose á los barrotes de una silla.

Cuando llego á él tiene puestos los sonreires de sus labios en la cara de la hija, y el mirar de sus ojos en una cazuela que aspumea sobre la lumbre.

Hay en la actitud del anciano un desplome total. La frente se inclina; la espalda se encorva; las piernas tiran á arrodillarse. Los brazos se adelantan sin extenderse aún por completo. Esta incertidumbre de los brazos, que vacilan antes de implorar, es la postrera rebeldía de un obrero que va á transformarse en mendigo. Porque esa, la del mendigo, será etapa última en la existencia de este obrero que trabajó sin tregua y sin comodidades durante cincuenta años.

El animal de faena ha producido cuanto podí producir. Ya no es utilidad; es estorbo. Le dan con el pie, y á otra cosa.

Voy sabiendo su historia á retazos. Me la cuenta para que mi caridad se despierte. Resignado está. ¿Qué remedio? A sus años y en el ambiente que vivimos, la resignación no es virtud, es necesidad. El sujeto de pies y manos, ¿que ha de hacer sino resignarse cuando recibe el golpe?

Los primeros capítulos de la historia que refiere el trabajador no hay por qué publicarlos. Componen la edición millonésima de una leyenda monótona y cruel. El capítulo final, el que debe enlazarse con el epilo-

go de esta vida, es curioso, dolorosamente curioso. Si el declamar no resultara, en nuestra época, de mal gusto, gloriaría el relato con párrafos de indignación. El buen gusto me libre de tal irreverencia.

El viejo trabajaba al servicio de una empresa... Cualquiera. Para este cuadro cualquiera empresa explotadora puede servir de fondo.

Diez años llevaba á la devoción de la empresa, ocupado en fatigosos menesteres. Torpeza de sus manos, que los años desposeyeran de la precisa agilidad, fué origen de un percance que le tuvo mance unos días. Luego, sin lesión apreciable, quedó más torpe aún que antes del accidente.

Durante su dolencia le asistieron venientemente. Cuando fué dado de alta, llamó á su despacho el administrador, y le dijo:

«Fulano: usted ha sido un buen obrero; pero los años no se pasan en balde. Se ha puesto usted inservible del todo: no gana el jornal que le damos. Lo sentimos, de veras lo sentimos; pero, ¡qué remedio!, en nuestra casa está de más.» Y dándole en la espalda unos golpecitos cariñosos, le puso en mitad de la calle.

El viejo viene en recurso de alzada á la caridad mía, para que despierte yo la ajena.

—Yo me resigno á la limosna—dice sollozando.—Que la caridad me la ofrezca. puesto que ella, la caridad, es el solo recurso que nos queda á los obreros inútiles para no morir de hambre.

¡Caridad!... Doctrina que al cabo de veinte siglos no conseguiste borrar el hambre y la miseria de encima de la tierra, ¡qué pocos horizontes ofrezcas á la redención de los hombres!...

¡Resignación!... Virtud cobarde, paridora de esclavos, ¡qué poco has hecho por la felicidad humana en el mundo!

Bien está que el viejo se resigne; bien está que confíe en la caridad, puesto que no tiene alientos para la rebeldía y vigor para sustentarla. ¡Qué otra cosa va hacer esa pirrafa de hombre!

Pero lo que él no hace, lo que él no puede hacer, deben hacerlo los jóvenes, los fuertes, los que miran hacia el porvenir.

Hay que predicar otras virtudes que la resignación; hay que pelear por el advenimiento de un reinado que sustituya al de la caridad.

Y ese reinado nuevo, el de la justicia, no predicando la resignación, santificando la rebeldía, se tiene que imponer.

JOAQUÍN DICENTA

¡OJO, MONAGUILLOS!

Terminados los oficios en la catedral de Barcelona, fuéronse los monaguillos al campo y se comieron un cordero de 50 kilos de peso, regalo que acostumbran hacerles los canónigos.

¡Cuidado, hijos míos! Es bastante expuesto aceptar regalos en edad tan tierna como la vuestra, y sobre todo si proceden de tan cas os varones como los curas. Y podria suceder, además, que el cordero ó borrego fuera un feligrés, de aque los pitagóricos, condenado á la regresión transmigrator a, y os envenenara la sangre con sus residuos ancestrales.

Quizá no entadáis esto, hijos míos, por demasiado obscuro. ¿Pero entadáis tampoco los misterios de la santa religión y las ceremonias en que os hacen intervenir los señores canónigos?

¡Ojo, monagos; mucho ojo! Que el que toma á dar se obliga.

Y á la inversa.

Contra los frailes

Es de oportunidad reproducir hoy parte del discurso pronunciado en 1902 por Camilo Pelletan en la Cámara francesa, ya que insisten los liberales y algunos republicanos en que deben ser respetadas las órdenes religiosas. Es admirable por su concisión y su claridad.

«Sería ilógico y funesto colocar á las congregaciones religiosas bajo el régimen del derecho común, como las asociaciones ordinarias. Se agravaría así un régimen de privilegio y de dominación. Las congregaciones no son asociaciones distintas; son partes de un gran cuerpo religioso que se llama la Iglesia de Roma.

No se trata del derecho que uno ó varios tienen de tomar el estado religioso ó de asociarse con igual fin. Nos encontramos frente á la Iglesia católica que ansía volver á constituir un gran cuerpo oficial. No se trata de una cuestión de libertad, sino de un cumplimiento de contrato.

La libertad de las órdenes religiosas es incompatible con el Concordato. Cuando se hizo éste, en 1801, las órdenes religiosas estaban prohibidas en Francia y, sin embargo, el Concordato no habla de ellas; así es que su autorización y la disolución dependen únicamente de la potestad civil.

Dicen por ahí que las congregaciones son indispensables á la vida de la Iglesia. ¿Pero por qué no lo dijo entonces Pio VII? Cuando se sometió el Concordato á la apro-

bación del cuerpo legislativo, Portalis dijo que el Papa tenía antes en las órdenes religiosas una milicia obediente, pero que esta milicia habfa sido licenciada por las leyes y que Francia no tenía ya más que el clero secular.

Luis Bonaparte dijo, que el Concordato descartaba todo lo que era abusivo y separaba la religión católica del ejército monástico. El ministro del Interior advertía que con el Concordato de 1801, quedaba restablecido el que regía desde 1516; interrumpido por la revolución de 1779, pero que las congregaciones quedaban excluidas.

Hoy, gracias al Concordato, presentamos al mundo el espectáculo de la revolución y de la contrarrevolución instaladas dentro de una misma organización social, de suerte que cada vez que surge una dificultad entre ellas, parece que estamos en presencia de una verdadera guerra civil.

Desde 1801 la Iglesia ha modificado su organización, de suerte que un jefe extranjero, el Papa, manda hoy á 40.000 clérigos y á 200.000 religiosos que le obedecen pasivamente. Y el Concordato no tiene otro resultado que dar al Papa el derecho de ocuparse de nuestra política interior y de ponerle al frente de una institución del Estado y de un partido político independiente.

En realidad, el Concordato fué hecho trizas por la Iglesia, que quería reservarse todas las ventajas y suprimir las garantías del Estado. Está hoy en dos pedazos, y el mayor no se halla en manos del Estado.

Pero la cuestión es más alta; no se trata de la lucha entre dos políticas, pero sí entre dos convicciones; la lucha entre los dos principios que dividen el mundo; la razón humana y la fe; la lucha entre la revolución y la contrarrevolución.

Cuando nuestros gobiernos caen del poder ya no son nada. ¿Sucede lo mismo con el partido del dogma? Siempre se queda éste en la plaza que acaba de perder el caído, como dentro de una fortaleza inexpugnable en el seno del Estado republicano.

Si hoy tenemos la libertad de imprenta, la de reunión y de asociación, las tenemos porque los adversarios de la República han sido constantemente batidos en los últimos veinte años; pero el partido del dogma tiene el privilegio de servirse de todas las libertades republicanas.

Las congregaciones no son un instrumento de libertad; son un medio de dominación; son milicias activas movilizadas por el papado para la conquista del poder político. El país se ha pronunciado en los últimos treinta años contra las empresas clericales, sin que por ello dejaran éstas de renovarse. Esta misma discusión ha revelado qué clase de doctrinas, unánimemente condenadas, han penetrado en los Seminarios y en los establecimientos del Estado mismo.

Un hombre de genio, Pascal, sacó á luz, hace dos siglos y medio, las tretas inmorales de los jesuitas. Desde entonces el pleito está juzgado: nadie vendrá á invocar circunstancias atenuantes; y, sin embargo, en los establecimientos concordatorios se enseñan esas doctrinas inmorales y reprobadas.

¿Se ha olvidado que en ciertas circunstancias se ha tenido la imprudencia de hacer la apología de la falsedad y del engaño en pro de la buena causa?

El gobierno tiene dos deberes: prohibir la libertad de enseñanza en los Seminarios, libertad que es la de la mentira; impedir que continúen las congregaciones dominando con sus malas artes á las fuerzas armadas de la República.

¿Se han olvidado incidentes recientes que demostraron los relaciones de los jesuitas con el Estado Mayor? ¡El jefe de este cuerpo visitando en su celda al más peligroso é intrigante de los jesuitas, al P. Du Lac, para hacer penitencial!... ¿Y qué penitencia era esa? Llevarle los secretos de la movilización, que á ninguno de nosotros, que por nuestras funciones hemos sido poseedores de considerables secretos de Estado, se nos hubieran confiado.»

Aprendan en ese discurso nuestros políticos á ser hombres de Estado, hombres viriles y hombres de su siglo.

Leo que todos los reclusos en los establecimientos penales de Valencia, han sido obsequiados con una merienda por la Asociación llamada del *Buen Ladrón*.

Esto los hará comprender la diferencia que hay entre los *buenos ladrones* y los malos. Los primeros andan libres y dan; los segundos están presos y reciben.

Cuando cumplan sus condenas procuren ser buenos ladrones, y podrán á su vez socorrer á los malos.

Huid de ellos

La Corte Superior de Lima ha condenado á diez años de reclusión al fraile salesiano Moisés Proaño por los delitos de homicidio frustrado y pederastía.

Hace año y medio este plenipotenciario de Jesucristo intentó matar con una navaja de afeitar á su discípulo Aparicio Grado por no prestarse á servirle de señora.

¡Oh jóvenes del sexo feo que andáis cer-

ca de los curas! Escarmentad en ese ejemplo y apartaos prudentemente, si no sois koskas ó luises, de todo el que lleve coronilla ó cerquillo.

Y vosotras, ¡oh jóvenes del bello!; pensad en lo que acaba de intentar con la sirviente Felicidad el cura de Tordesillas, matando al infeliz que se interpuso, y huid en cuanto un cura se os acerque, sino tenéis vocación de amas ó sobrinas, pues en este caso nada digo.

Ya veis que si los unos llevan navajas afiladas, los otros usan revólvers certeros, para utilizarlos contra cuantos osen oponerse á sus deseos.

Y la muerte á manos de un cura debe resaltar muy negra.

EL TRIBUNAL DE LA PENITENCIA

La Iglesia, como dijo Ramón Chfés, es un ejército que necesita soldados; pero la milicia eclesiástica, como más amiga del regalo, necesita también mujeres. Si no acuden voluntariamente, como mandan los reglamentos, se las engaña, con lo cual quedan cubiertas las formas y las plazas. Los modos para engañar son infinitos; pero el lugar donde se verifica el enganche es uno solo: el confesonario.

El cuarto Concilio de Letrán, celebrado á principios del siglo XIII, hizo obligatoria la confesión auricular á todo fiel cristiano una vez al año á lo menos, aun cuando el deseo de los sacerdotes es que se practique frecuentemente, sin fijarse en que con esta recomendación incitan á los pecadores á cometer tantos sacrilegios como confesiones hagan. Pues si para ser perdonados es necesaria la contrición, que consiste en detestar el pecado cometido, y el propósito de enmienda, el cual no es otra cosa que una firme resolución de no volver á pecar jamás, cuando menos mortalmente, resulta que, al invitar á uno á confesar con frecuencia, se supone que no existen en él tales propósitos de enmienda, y que, por lo tanto, cada vez que se acerca al tribunal de la penitencia no busca otra cosa que la patente para continuar pecando.

¡Hermosa institución cristiana! Bien podemos afirmar que el que se confiesa comete por lo menos un sacrilegio; pero esto no tendría importancia, si el acto de confesarlo no tuviera mayores peligros. La confesión produce efectos deplorables, muy especialmente en la mujer. Pablo Luis Courier, hablando de las consecuencias de la confesión, dice: «¡Qué vida, qué condición la de nuestros sacerdotes! Se les prohíbe el amor, sobre todo el matrimonio, y se les entrega la mujer! No pueden tener una, y viven familiarmente con todas. No pueden aspirar á su cariño, y tienen sus confidencias, su intimidad, el secreto de sus más ocultas acciones, de sus más profundos pensamientos. La inocente virgen escucha al sacerdote que la llama para conversar á solas con ella; que antes de que haya podido pecar, le habla del pecado. Instruida, él la casa. Casada, él la confiesa y la gobierna. En sus afecciones, él precede al esposo y jamás pierde su puesto. Lo que ella no se atrevería á confesar á su madre, á confiar á su marido, el cura debe saberlo, lo pregunta, lo sabe. El cura oye á una joven que le declara en voz muy baja sus fallos, sus pasiones, sus deseos, sus debilidades, recoge sus suspiros, siente en la cara su aliento: ¿no es fácil deducir los resultados?»

«¡Cuán terrible es para una joven que conserva la virginidad más pura de su conciencia, el momento en que el confesor entra en el sexto mandamiento! ¡Instante fatal! Ved cómo la joven inmaculada, presa de horrible temor, se acusa de las sorpresas de la imaginación y de los sentidos por los deseos y las miradas. Entonces el sacerdote la explica todos los malos pensamientos y malos deseos, todos los actos culpables que pueden cometerse en materia de impureza, preguntándole cómo los ha cometido, cuántas veces, si acompañada, si sola, etc., etc. La joven, horriblemente oprimido su corazón y avergonzada de las palabras denegadas libres del implacable teólogo, se ruboriza y responde sí ó no á las preguntas que la dirige después de aquellas incoherentes explicaciones.

Las fórmulas de que se halla rodeado el acto de acercarse á los pies del confesor; el lugar más retirado y más obscuro del templo en que está colocado el confesonario; el silencio sepulcral—*mulleres in ecclesia tacent*—que reina en tales recintos, y la solemnidad que el cura da á la celebración de este sacramento, hacen que los espíritus débiles tiemblen de miedo y se dejen escudriñar sus conciencias, sin que, á pesar de su buena fe y de sus creencias religiosas, surta efecto alguno práctico en su conducta para lo sucesivo la confesión que rutinariamente hacen una ó más veces cada año.

¡MADRES QUE QUERÉIS EL PUDOR EN EL HOGAR PATERNO! EVITAD QUE VUESTRAS HIJAS SE CONFIESEN, Y HACEDLAS COMPRENDER QUE VOSOTRAS SOIS SUS ÚNICAS CONFIDENTES, COMO ASIMISMO EL DEPOSITARIO DE LOS SECRETOS É INTIMIDADES DE LA ESPOSA ES EN TODO MOMENTO SU MARIDO.

José Muñiz

León, Abril 1.º 09.

SECCIÓN AMENA

EL NEO

Buffon no pudo clasificar la alimaña llamada por la sociedad moderna el neo. Mas como es digna de figurar en la historia natural, vamos a describirla.

Su corteza externa es negra como la de los coleopteros (escarabajos peloteros), y como este repugnante insecto, arrastra la batura en que trabaja, caminando hacia atrás. Su repulsivo aspecto levanta el estómago.

Tiene ese asqueroso animalejo la sangre blanca y fría, como todos los de su especie, y el corazón con una sola cavidad; pero en cambio su estómago es doble como el de los rumiantes, y tiene sacas bucales como los papiones. Estas cualidades le obligan á comer de un modo superior al de las serpientes, si bien á diario, por efecto de sus extraordinarias fuerzas digestivas.

Sus cuatro patas están provistas de ganchos y papilas, por cuyas extremidades desprende un jugo viscoso que le permite, no sólo agarrarse hasta en la tersa superficie de la honra, sino apoderarse de todo aquello que le hace falta ó desea.

Los tentáculos que adornan su frontispicio despiden un olor tal, que respirado por el ser humano, y en particular por los educados en la escuela de la hipocresía, los desvanece.

Con estas condiciones materiales y la falta de pudor y dignidad como ente moral, los males que causa son terribles.

Adulador y bajo, rastrero y atrevido, va manchando con su asquerosa y nauseabunda baba cuando toca y hasta cuanto mira.

En el hogar doméstico hace de serpiente del paraíso; catequiza al débil, se humilla y se arrastra ante el fuerte, y clava el puñal envenenado del deshonor en el corazón de aquel á quien ofreció su amistad.

En política es tan vil y tan cobarde como en el secreto de la familia: besa manos que quisiera ver cortadas, no levanta los ojos del suelo, ni sus labios despiden más que mieles que amasa con sutil veneno que produce sus efectos en plazo determinado.

Su ambición no tiene límites, su codicia tampoco: la usura le enamora, y la miseria que produce es la mayor de las alegrías que experimenta su alma torpe y menguada. Un niño que llora de hambre ó de frío, una pobre viuda enferma y andrajosa le llenan el alma de placer, y entonces, y sólo entonces, sonrío con satisfacción.

Como religioso es aún mil veces peor; no cree en nada y aparenta creerlo todo: la religión es el arma principal de que se vale para cometer sus crímenes y sus iniquidades. Con tan poderosa arma hiere al católi-

co y al protestante; pero nunca cara á cara. La mentira es el alimento de su vida intelectual: la verdad jamás aparece en sus labios ni el carmín de la vergüenza en sus mejillas.

Odia á la humanidad y procura su exterminio; y lo mismo en los alcázares que en las chozas, esparce la semilla del mal é introduce la cizaña.

Mal hijo, no honra á sus padres; mal padre, enseña á sus hijos en la escuela de las miserias en que se baña como la sultana entre perfumes.

Y ahora digan nuestros lectores: ¿En qué sitio de la escala zoológica puede colocarse á tan miserable animalucho? No lo sabemos, pues hasta entre los reptiles lo juzgamos favorecido.

L. D.

A la puerta del templo

En tanto que las campanas al vecindario atormentan anunciando á los devotos que ha empezado la novena; mientras el órgano aturde los ámbitos de la iglesia y casi toda la calle se ve de coches repleta, los impacientes aurigas, mientras sus señores rezan, en uno y otro corrillo murmuran y cuchichean. Es tradicional costumbre de la gente de librea usar el nombre del amo á quien sus servicios presta, y esto da lugar á muchas conversaciones amenas.

—Oye, nuncio.—¿Qué te ocurre?

—¿Convidas á una botella?

—Que nos la pague el obispo,

que ayer cobro plata fresca.

Yo no tengo ni una blanca;

hace ya semana y media

que el patriarca de Indias

me debe cuatro pesetas,

y como no me las pague,

mal haya sea mi tierra

si en cuanto le eche la vista

no le reviento las muelas.

También los automedontes

de la clase más plebeya

(simones, que dice el vulgo),

en los diálogos alternan.

—Yo—dice el cuarenta y tantos—

ando de mala manera,

escaso de perros chicos

como... monjas en cuaresma.

Anteayer me alquilo un cura lo descargué en las Salesas, y allí me tuvo esperando dos ó tres horas muy cerca.

¡Lo que después anduvimos por calles y callejuelas!

No quedó un solo convento á que no se dirigiera;

visitó á las Trinitarias,

Góngoras y Carboneras;

y después de todo un día que me tuvo de faena,

me dió de propina...—¿Cuánto?

—El muy... *arrastrao*, dos perras.

¡Muy me tengo mala sombra con la genticilla negra.

Cuando se acerca uno de *eso*.

ya me tiritan las piernas.

—La función se está acabando.

—Oye, *duque de Maceda*;

echa un ojo á mi berlina que me voy á la otra puerta,

no sea que se me escape por allí la bruja esa;

que estas gentes rezadoras le dan un timo á cualquiera.

J. G. LOSADA

¡QUE SE VAYAN TODOS!

Al decir de *L' Temps*, el embajador de España en Marruecos procura activamente instalar en Fez una misión de franciscanos españoles.

Ya suponía yo que parirían los dos fraílucos enviados allá. ¡Buenos son todos los de su especie para no crecer y multiplicarse, como mandan las Santas Escrituras.

Y aunque Muley Haffid se opone, fundándose en la clerofobia antifranciscanista de los moros fecitanos, frailes de todas las Ordenes tendrá en abundancia.

Por mí, que vayan cuantos quieran; esos menos tendremos en España. Además de que África es el continente propio de tales avechuchos.

Cierto sujeto decía en una iglesia á otro que tenía al lado:

—Caballero, le están á usted cayendo algunas gotas de cera de esa araña.

—Muchas gracias—contestó el otro.—Como yo no le conozco á usted, no me he atrevido á decirle que esa otra araña le ha puesto perdida la levita.

Enseñándole á un hombre la ermita de San Dionisio, le dijeron que el pobre mártir decapitado, llevando la cabeza en las manos, había subido desde el llano á lo alto de la colina.

—¿Tanto trecho pudo andar sin cabeza?—preguntó.

—No le extrañe á usted—le respondió.

—En casos semejantes, el primer paso

es el difícil de dar; los demás no tienen mérito.

Un clérigo muy gloton encargó una fuente de natillas á unas monjas.

—Haremos que el padre capellán le echo la bendición para que le siente bien—le dijeron.

—Me basta con que ustedes le echen el azúcar y la canela necesarias—contestó brutalmente.

Predicaba un cura rural contra el lujo de las mujeres y entre otras cosas decía:

«Lo mismo que esos corsés de última moda que gastáis para excitar la lujuria de los hombres. ¿Para qué esos gastos tan superfluos como pecaminosos? ¿Por qué no imitais á mi ama que sólo gasta un justillo azul, y sin embargo da gusto verla, sobre todo cuando se queda en mangas de camisa?»

Peroraba en un club un obrero:

—Compañeros, decía; luchemos hasta que no tengamos más horas de trabajo que las que tienen los curas.

—¿Cuántas son?—interrumpió uno.

—Media hora con el fresco de la mañana, y todavía en la mitad del trabajo meriendan.

Se examinaba de *Derecho canónico* un maestro estudiante, y le preguntó el catedrático:

—¿Por dónde se entra á la iglesia?

Meditó un momento, y dijo con aire resuelto:

—Por la puerta.

Una pobre devota de cierto pueblo estuvo á punto de ser descalabrada por un Cristo que se derrumbó de viejo. Cuando llevaron otro nuevo, en sustitución del anterior, fué la buena mujer á hacer su oración, como de costumbre, pero arredillándose á respetable distancia, y exclamando:

—Perdonadme, Dios mío, si no me acerco más; pero es que estuve expuesta á ser aplastada por vuestro difunto padre.

No recuerdo si es en Salamanca, Compostela ó Alcalá de Henares donde se conserva á título de documento curioso un contrato de inquilinato que dice en una de sus cláusulas:

«No podrá el inquilino tener en la casa conejos, cerdos, frailes, estudiantes de teología, ni otros animales dañinos.»

—¡Dios mío!—decía un charlatán sacro encarándose con un crucifijo tosco, pero enorme, que había en el altar mayor.—¿Quién os ha puesto en esa cruz? ¿Quién os ha clavado en ella? Nuestros pecados ¿verdad, amantísimo Jesús? Nuestras iniquidades, ¿verdad, manso cordero?

—No, señor—contestó un chico—ha sido Juan el tallista; yo le vi hacer el Cristo, ponerle en la cruz, clavarlo y pintarle después.

(FOLLETÓN 17.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR OFFENBACH

CAPITULO IX

DE CÓMO LA FORTUNA EMPEZÓ Á VOLVER LA ESPALDA AL JEFE DE LOS LIBERALES

Entraron en el poder, como en el anterior capítulo hemos dicho, los conservadores, á quienes se confió el encargo de poner á prueba el sufragio universal, y el sufragio universal resultó conservador. Durante dos años y medio estuvo, pues, el Sr. Cánovas del Castillo presidiendo los juegos y bromas de ritual, siendo sólo digno de notarse que en aquella etapa (1890-92) los señores del reino ensayaron como práctica de gobierno la de unos duelos con pan y sin sangre que para deshacerse de algún adversario molesto aceptaban, ó que con este adversario concertaban los más altos y mejor retribuidos funcionarios públicos (Ministros como el de Marina, alcaldes como el de Madrid, etc. etc.); bien entendido que «deshacerse» no quiere decir aquí matar, ni aun causar daño, pues esos «pasos honrosos» efectuábanse de ordinario á saludable distancia y con puntería tal, que sólo por un eufemismo refinado se decía después que «se habían cruzado tantas balas»; porque mal podían cruzarse con la «Cruz del

Sur» cuando siempre salían como cohetes á ganar cuanto antes las alturas atmosféricas. Pero luego venía el apretón de manos, ó de todos modos el adversario molesto se creía obligado á no molestar en adelante, y por tanto el elevado funcionario se había «deshecho» de él en realidad.

Esta costumbre, tal vez por el remoto peligro que ofrecía, no llegó á prosperar, con lo que algo vino á ganar el escaso arbolado del país; y en estas y otras distracciones llegó la cuestión del «soporte» del que hemos hablado en el capítulo IV. D. Antonio se retiró, ya lo dijimos; y dijimos también que le sucedió D. Práxedes, el cual esta vez faltó notablemente al programa de «tener buen humor y mucha suerte»; mas no faltó en lo del buen humor, que lo tuvo como nunca, sino en lo de la suerte, que positivamente empezó á declararsele contraria.

De sus propias desdichas, tan sensibles como respetables y que por poco no le quitaron para siempre las ganas de reír, sólo diremos que él mismo, metiendo el pie en un agujero, y cayéndose, estuvo á punto de lo que los españoles llaman «romperse la crisma». Y las numerosas calamidades que en aquella temporada llegó España á padecer fueron también dolorosísimas, aunque solían presentarse alternando con chistosísimos sucesos; que probablemente por esta circunstancia no pareció que fuesen tantas y tan señaladas como fueron.

El caso es que, á poco de fallecer el general Cassola, que había dado algunos disgustos á D. Práxedes y se disponía á darle más, y en cuyo entierro no se oía

sino decir: «¡cuidado que tiene suerte este Sagasta! ¡En cuanto le sale un mal enemigo, se le muere!», fué cuando el jefe de los liberales dió comienzo á un período de mando en que hubo tremendas explosiones, horribles naufragios, mortíferas epidemias, devastadoras inundaciones, colonias rebeldes y varias otras clases de calamidades; y á lo mejor, entre dos de estas desdichas... ¡zá! una bofetada internacional que en la mejilla de un embajador extranjero descargó un general español con arreglo al derecho de gentes que no tienen bien equilibrada la cabeza, ú otra chuscada de la misma magnitud, si no de igual especie.

El embajador así tratado fué el de Marruecos, país con el que España acababa de estar en dificultades y á cuyo emperador, Muley Hassan, amigo de D. Práxedes, se parecía este mucho en la color y en otras muchas cosas, pues del señor Sagasta pudiera decirse que para moro ya lo tenía todo andado no faltándole más que la chilaba.

Cabalmente las aludidas dificultades con Marruecos terminaron en una especie de ignominia que fué uno de los grandes signos de que la fortuna ya no mostraba la misma solicitud para con D. Práxedes. La cuestión empezó por si los españoles habían ó no habían de construir unos fuertes en las vecindades de Melilla. Los moros que no, los españoles que sí, y llega un día en que aquellos acometen á éstos y les matan nada menos que al general, gobernador militar de dicha plaza. ¡Guerra al moro! gritó entonces toda España. Pero D. Práxedes, que desde el balcón de su casa había declarado en 1885 la guerra á Ale-

mania por la cuestión de las Carolinas, aunque, como entonces no estaba en el poder, la declaración no llegó á surtir efecto, y que luego, en 1898, se lanzó á luchar con los Estados Unidos, ahora no se atrevió ni con Marruecos.

Por esto fué conllevando la situación como pudo, hasta que se prestó á sacarle del conflicto el otro español de quien también se creía que tenía una mascota, pero todavía mejor que la suya, es decir, el general Martínez Campos, el que, sublevado en Sagunto, había restaurado á los Borbones y después acabado dos guerras, la carlista y la de Cuba. Parece, sin embargo, que ambas mascotas, la del general restaurador y la del jefe liberal, iban perdiendo al par su preciada virtud, porque guerra no hubo, mas para gloria y aun provecho de España mejor habría sido que la hubiese, así España no hubiera salido muy airosa.

En efecto, el general Martínez Campos que, enviado primeramente á Melilla, pasó luego á la capital del imperio marroquí á concertar un arreglo, fué recibido por el sultán hallándose éste á caballo y él á pie, el emperador cubierto y el general descubierto, el primero á la sombra de amplio quitasol, mientras que al segundo le derretía los sesos el ardiente sol africano; y todavía, sin duda porque el emperador no echó el caballo encima al general, los señores del reino y sus heraldos en la prensa se hacían lenguas del magnífico recibimiento que al general había hecho el emperador. Por lo demás el arreglo correspondió al recibimiento. Verdad es que todos los agravios de que España tenía que quejarse se reducían á que los moros habían infrin-

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

(CONTINUACION)

DON RAMÓN OCAGALLÁN

En Mora de Ebro saqueó y quemó diez casas, y con la amenaza de que volvería a incendiar todo el pueblo, marchó de allí llevándose treinta prisioneros, los más ricos de la población, entre ellos varias mujeres. En Benisanet, después de robar cuanto pudo dejando en la miseria al vecindario, apresó á las mujeres, hijas y hermanas de los nacionales; en Miravet hizo otro tanto, y las pobres mujeres sufrieron la misma suerte que cuantas tenían la desgracia de caer en manos de aquellos canallas.

De la partida de éste formaba parte Fray Julián Mollá, de la Trapa, que pagó al fin con la vida sus crímenes y su sed de sangre liberal.

ZORRILLA

Compañero del canónigo Tristany, tan cruel, feroz y sanguinario como él, hace que en Bergus sean degollados treinta nacionales.

Consigue sorprender después á sesenta liberales que escoltaban el correo de Francia á Gerona, y al ser sorprendidos se encierran en una casa; prende fuego á ésta, se entregan, y menos siete que consiguen escapar, los restantes son asesinados.

En la casa de Redorta, cerca de San Pedro, quema vivos á veintiocho nacionales de San Feliú, y gracias á una feliz casualidad se libraron de morir en las llamas los dueños de la casa.

El capuchino fray Ignacio Cambrils, que siempre llevaba al cuello un santo muy grande, era de la partida de Zorrilla, y excitaba continuamente á aquellos bandidos al asesinato, el exterminio y la destrucción, dando ejemplo de ferocidad, cinismo y dureza de sentimientos.

Datos biográficos de algunos jefes carlistas, tomados de una Memoria dirigida á don Carlos por uno de los suyos en 1838:

«Caire, secretario de Cabrera.—Dejó á Tortosa y su destino de escribano en 1837, no porque le persiguiesen los enemigos, sino por su interés. Ignorante de todo lo que no es su profesión, dirige los grandes negocios del ejército al estilo curial y hace el suyo, según la opinión general. La intriga no le es desconocida, pero manéjala con insolencia y ratería: dicen sus antiguos conocidos ser la misma que le hizo odioso en Tortosa á todas las clases de la población. Si fuera honrado y de ideas políticas y religiosas las más sanas, y de otros conocimientos, el nombre del general Cabrera se presentaría en la Historia con más gloria, á la que no le deja de perjudicar este funcionario.

Brigadier don Luis Llagostera.—Pasado de las filas enemigas. Su conducta en el mando, sus públicos manejos de los fondos é intereses públicos le han enajenado la voluntad de algunos jefes y de todo el país, en el que se le apellida la *Langosta*.... No se aventura la justicia ni verdad asegurando que puestos en balanza los servicios de Llagostera con los perjuicios y los males que causa su mando, debe desearse que aquéllos cesen, ganando mucho la causa de S. M. en los pueblos y en la moral del ejército.

Brigadier don Domingo Forcadell.—Parece un poco reformado, mas se aprovecha aún de su posición y de las ocasiones, si bien es más susceptible de mejora que Llagostera, su eterno rival.

Brigadier don José Lespinasse.—Ha dejado nombre en Aragón por sólo sus exacciones escandalosas, que, gracias á su extranjerismo, se ve hoy en residencia á virtud de repetidísimas reclamaciones de la Junta.

Don José Domingo Arnau.—Joven sin experiencia.... Se le debe la derrota de la hermosa división del Turia, de que era jefe del Estado Mayor. No da cuentas de los productos de sus excursiones y trata á los pueblos como lo hacen los contrarios.

Don Lorenzo Cala y Valcárcel.—Autoridad eclesiástica, desatendió del todo las obligaciones y deberes en que esta calidad le colocaba, para ocuparse de intrigas y de manejos en que es pública su impureza.... Es genio de revolución y de desorden.... Su descrédito no puede borrarse.... Es sujeto perjudicial en todas partes por su intriga y desmoralización.»

Su concepto como militar no es ventajoso; pero el que goza por su conducta é impureza en los gobiernos de Cantavieja y Morella, es sumamente perjudicial á la causa. Se dice que están aún por devolver á los pueblos las alhajas, muebles y efectos que les pidió para el alojamiento y obsequios de S. M. en Cantavieja.

En las obras, en el suministro y en una contribución escandalosa de bagajes impuesto por él ó el general (Cabrera) hay tales sospechas de su impureza, que le presentan muy criminal.

DON MAGÍN SOLA,

GOBERNADOR DEL CASTILLO DE MORELLA

Es público que algunas veces el mismo Cabrera, escandalizado de su conducta, quiso fusilarle y le tuvo sin mando ni consideraciones; pero por una anomalía frecuente entre ellos, hoy goza su confianza. Hombre sin educación y sin principios, no es propio para su actual destino.

DON PEDRO BELTRÁN,

CORONEL DE CABALLERÍA

Una quinta hecha por este jefe de orden del general en algunos pueblos escogidos, forma su más exacta apología. Los visiblemente inútiles, hijos de viuda, pobres y de padres impedidos, casados de algunos años, fueron obligados con rigor á redimir pecuniariamente su servicio, de que la ley les exceptuaba.

ARISTOCRACIA CARLISTA

Ladrones de profesión y perseguidos por la justicia que *cabecilleaban* por ambas Castillas y Extremadura el año 36:

Orejita, Palillos, Zamarra, Chaleco, el Apañado, el Rubio.

Así se llamaban aquellos bandoleros; «narrar sus fechorías equivaldría á exponer un largo catálogo de saqueos, incendios y latrocinios».

Hablando de los carlistas en Galicia y Asturias, dice un historiador:

«Había sobra de bandidos y facinerosos, que se acogían á cualquier bandera, con tal de vivir á sus anchas.

Allí, como también en Castilla, más que una guerra resultaba una caza, abundando el fusilamiento de cabecillas, los saqueos y los atropellos por éstos cometidos, y en suma, los males consiguientes á encontrarse el país entregado á bandas de gente de baja ralea.»

Parte de lo que va á continuación ocurrió en el reinado de Fernando VII; pero como fué inspirado en el espíritu genuinamente teocrático y ejecutado por el hombre que mejor lo encarnó, el conde de España, merecedor por más de un título á ostentar el de *El primer carlista*, cuya causa abrazó abiertamente más tarde, ninguno con más derecho que él á figurar en esta colección de fieras.

EL CONDE DE ESPAÑA

Es el tipo más acabadamente monstruoso que ha engendrado el fanatismo. El novelista de más imaginación no habría podido concebir un ser humano tan brutalmente feroz y que tanta complacencia hallara en las escenas de destrucción y muerte.

Por sus venas corría la sangre de todas las generaciones de inquisidores que despoblaron á España en nombre de Dios; de tal modo se complacía en derramar la ajena.

Al leer el índice de sus crímenes (pues para relatarlos aun á la ligera se necesitarían volúmenes enteros) se cree estar bajo el dominio de una horrible pesadilla; tantos son; y tan horrosos, tan inconcebibles.

Pues bien; este hombre, baldón de la especie humana, fué el primer carlista; el que encarnó el odio que el absolutismo siente hacia la libertad; el que dió la pauta y trazó la línea de conducta al carlismo. El tiempo no ha conseguido quitarle á esas cuadrillas de foragidos el carácter que él le imprimiera.

El robo, el asesinato, el secuestro, el incendio, fueron las principales bases del programa que el conde de España dió al carlismo, cumpliéndolo fielmente por su parte; el incendio, el secuestro, el asesinato y el robo constituyeron el programa de los que, á los cuarenta años de la primera guerra, se lanzaron á la segunda. Y ese mismo programa es el que mantendrán mientras existan, porque

no está en su mano evitarlo. Cuando el hombre echa sobre sus más brutales pasiones el manto religioso con el único fin de satisfacerlas impunemente, no hay crueldad que le haga sentir remordimientos.

El conde de España llevaba en la primera guerra sobre su corazón de tigre la imagen de la Virgen del Pilar y otras reliquias; en la pasada fueron curas los que más actos infames cometieron.

Y dicho esto por vía de introducción, relataré sucintamente los crímenes del primer carlista; crímenes que, como ya he dicho, y á juzgar por lo que vemos, serán superados en la guerra que tiene preparada ese bando, si los liberales todos, sin distinción de partidos y de matices, no tomamos al primer chispazo medidas que la ahoguen al nacer.

4.000 LIBERALES ASESINADOS Y 1.700 CONDENADOS Á MUERTE

En el corto período de dos años, la sociedad secreta *El Angel Exterminador*, organizada, sostenida y dirigida por arzobispos, obispos, curas y frailes, había asesinado en los camijos y pueblos de Cataluña, según consta en los partes dados á la Audiencia de Barcelona, MIL OCHOCIENTOS VEINTICINCO LIBERALES, que en su mayor parte habían pertenecido al ejército constitucional, disuelto con el santo fin de diseminar á los que lo componían, para poder asesinarlos con menos ruido.

A fines de 1825 pasaban de CUATRO MIL LOS LIBERALES ASESINADOS, Y DE MIL SETECIENTOS LOS CONDENADOS Á MUERTE por los tribunales de justicia.

Mas la hiena clerical quería más sangre; no le bastaba con la derramada; deseaba exterminar á toda la raza liberal.

JUNTA DE ASESINOS

En Septiembre de dicho año se celebró una junta en el monasterio de Poblet, á la cual asistieron ciento veintisiete prelados y dignidades eclesiásticas, bajo la presidencia del arzobispo Creus y del obispo electo de Ceuta, acordando interponer toda su influencia para que más de 600 oficiales, llamados *indefinidos* (sospechosos por tanto de liberalismo) refugiados en Barcelona al amparo de los franceses, fuesen obligados á establecerse en sus respectivos pueblos, para asesinarlos con más facilidad, contando con los piadosos voluntarios realistas.

Dos ricos labriegos que, invitados por los frailes habían asistido á la reunión, horrorizados del crimen que se tramaba, lo pusieron en conocimiento de la policía de Barcelona; dió ésta cuenta al gobierno, pero recibió orden terminante de protegerlos.

La teocracia necesitaba más víctimas, el puñal era ya insuficiente para saciar su sed de sangre; la hoguera de la Inquisición era su ensueño más acariciado, su anhelo más constante. Ver restablecido el Santo Oficio, celebrar á diario autos de fe, aplicar el tormento á los sospechosos y después sacarlos descubiertos, chorreando sangre para la hoguera, todo esto aparecía á sus ojos deslumbrador, magnífico....

Dada la consigna, de todas partes salieron exposiciones pidiendo al rey el restablecimiento de la Inquisición; entre las más notables, se cuenta la suscrita por el cabildo de Manresa, documento que respira odio, venganza y exterminio.

No quiso, ó, mejor dicho, *no pudo* Fernando restablecer el Santo Oficio; se le acusó de masón, de comunero, de estar vendido á los liberales, y desde entonces las esperanzas de frailes, curas y realistas más exaltados se cifraron en Carlos, su devoto hermano, empezando los trabajos de conspiración para proclamarle rey, destronando á Fernando.

PRIMERA INSURRECCION

El clero y los principales jefes de la conjura engañaron á los voluntarios realistas haciéndoles creer que Fernando estaba secuestrado por los liberales, y estalló por fin la insurrección á los gritos de: ¡viva el rey absoluto! ¡viva la santa Inquisición! ¡muera los negros! Se vitoreó á Carlos V, se imprimieron proclamas en las que, acusando de débil y liberal á Fernando, se incitaba á los buenos católicos á reconocer por rey á Carlos, quien restableciendo el Santo Oficio y acabando con todos los liberales, comuneros y masones, había de hacer la felicidad del pueblo católico español.

El conde de España, instigador y cómplice de aquella insurrección carlista, marchó al frente del ejército á sofocarla, fusiló á unos cuantos rebeldes, y hallándose un día en Vich, metió en un saco la correspondencia que les cogió, los papeles en que estaban las delaciones y las pruebas de los procesos y lo redujo todo á cenizas, prestando así un gran servicio á la causa carlista, que más tarde defendió cometiendo los crímenes más horribles.

REPRESIONES SANGRIENTAS

Dominada la insurrección y nombrado el conde de España capitán general de Cataluña, al evacuar los franceses la capital, empezó una era terrible de persecuciones contra los liberales y los sospechosos de serlo; y para dar satisfacción á los que podían acusarle de traidor, no hubo martirio, infamia, ni crueldad que no hiciera sufrir á los desgraciados liberales que caían en su poder. «A los realistas que se habían levantado en armas—dice Lafuente,—condenados á presidio muchos de ellos, los protegió organizando de nuevo sus batallones. Contra los liberales que le habían ayudado á sofocar la insurrección carlista, inventó que conspiraban.»

Organizada la policía secreta, compuesta de lo más vil y bajo de la sociedad y de muchos carlistas condenados á presidio, iban sus individuos por los cafés y sitios públicos hablando contra el tiránico gobierno de Fernando; una débil muestra de aprobación á las censuras de aquellos esbirros, una palabra, un comentario, era suficiente para que los incautos cayeran en la red yendo á parar á la cárcel.

Con las listas confeccionadas por un miserable llamado Simó, que se fingía liberal, llenáronse materialmente todas las cárceles de Barcelona; hacíanse las prisiones—escribiera un historiador—á la luz del día ó en el secreto y misterio de la noche, y los calabozos llenábanse de infelices prisioneros llevados allí por aquellos esbirros, ya individualmente, ya en grupos de veinte, treinta y cuarenta.

MARTIRIOS HORRÉNDOS

Presos sin saber por qué; incomunicados hasta con sus familias, á las que ni se permitía llevarles la comida, teniendo que comprarla en una cantina donde les hacían pagar diez por uno; llenos de piojos; revueltos y confundidos con los ladrones y asesinos; cargados de grillos; hacinados en hediondos calabozos donde la respiración era casi imposible, gemían miles de inocentes víctimas de la saña de aquel carlista disfrazado que oía misa todos los días, arrodillado y con los brazos extendidos en cruz; de aquel bandido cubierto de escapularios y reliquias, que obligaba á cuantos encontraba en la calle á que le enseñasen el rosario y enviaba á pudrirse en la cárcel á los que no lo llevaban; de aquel miserable, que hacía poner grillos de veintisiete libras á una infeliz que se negó á declarar contra su esposo, la señora Fabregasi; de aquel sanguinario, que ante los cadáveres pendientes de la horca, vestido de capitán general y al frente de las tropas, reía y bailaba.

En las crudísimas noches de un invierno extremadamente frío, como no se había conocido otro en Barcelona, hacía desnudar á los presos y ordenaba que encueros completamente salieran de los calabozos á los patios, donde permanecían al raso horas y más horas, sobre la helada nieve endurecida por las escarchas... En verano les hacía tomar el sol y los metía hacinados en calabozos donde el calor era insoportable.

Con pretexto de que los presos se hacían señas, ordenó tapiar las ventanas y tajar hasta las más pequeñas rendijas de las puertas; muchos murieron asfixiados. Uno de los presos, Pedro Mestre, abrió un pequeño agujero para poder respirar; descubierto por los esbirros del conde, gente toda muy devota, se le desnudó, se le dieron veinticinco palos, se le descargó un golpe terrible en la cabeza con un manajo de llaves, y fué luego condenado á diez años de presidio, mientras á su familia se le ordenaba cerrar un café, único medio de subsistencia con que contaba, y salir desterrada de Barcelona.

Llenos de desesperación, no pudiendo resistir tantas privaciones y martirios, se suicidaron *diecisiete* de los presos en pocos días. Uno de ellos, cabo de artillería, se cogió en la ciudadela con una sábana; otro, Cantos, se agujereó el cráneo con un clavo que encontró en la pared; otro, Sabater, afiló un hueso contra los ladrillos y con él se abrió las venas; otro se tragó un hueso para ahogarse con él; y cuán terrible no sería la desesperación de otro, cuando con un vidrio se hizo un agujero en la garganta, y metiendo en él los dedos, lo desgarró hasta desangrarse.

Lejos de ablandarse ni conmoverse el conde al enterarse de estos suicidios y otras tentativas, exclamaba: «*Malvados! Aunque no fuera más que por atentar contra su existencia, deberían ser ahorcados, por el gran pecado que cometen contra Dios.*»

AHORCADOS Y FUSILADOS

Auxiliado por el conde de Villemur, gobernador militar de la plaza, carlista como

(Continuará.)